

DENIS JOHNSON

Sueños de trenes



Sueños de trenes es una epopeya en miniatura, una de las obras más conmovedoras y evocativas en la ya larga carrera del escritor norteamericano Denis Johnson.

Robert Grainier es un jornalero del Oeste americano en los albores del siglo XX, que, tras ser golpeado por una terrible tragedia, lucha por encontrar sentido a su vida en un mundo en constante mutación. La de Grainier es una vida larga, pobre y modesta, y él, un hombre corriente que transita por una época extraordinaria sin apenas lograr otra cosa que un pequeño trozo de tierra, dos caballos y una carreta.

Con su prosa pulida y alejada de cualquier sentimentalismo, esta joya del galardonado autor de *Árbol de Humo* ha sido comparada con la obra de autores clásicos como Chéjov.



Denis Johnson

Sueños de trenes

ePub r1.0
Castroponce 31.05.17

Título original: *Train Dreams. A novella*

Denis Johnson, 2002

Traducción: Javier Calvo Perales

Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce

ePub base r1.2



A Cindy Lee, para siempre

En el verano de 1917 Robert Grainier participó en el intento de matar a un jornalero chino al que habían pillado robando, o al menos lo acusaban de haber robado, en los almacenes de la compañía ferroviaria Spokane International, en el corredor septentrional de Idaho.

Tres empleados del ferrocarril sujetaron bien fuerte al ladrón y lo arrastraron por el largo terraplén que llevaba al puente que se estaba construyendo dieciséis metros por encima del río Moyea. El chino emitía voluminosas ráfagas de una rápida cantinela. Se bamboleaba y se retorció como una comadreja metida en un saco, golpeando hacia atrás con el puño que le quedaba libre al hombre que lo iba arrastrando por el cuello. Cuando el grupo pasó frente a él, Grainier, viéndolos en apuros, fue a prestarles su ayuda y se encontró a sí mismo agarrando al culpable por un pie descalzo. El hombre que caminaba por delante de él, el señor Sears de la dirección de la Spokane International, llevaba agarrado casi inútilmente al prisionero por el sobaco y era el único de todos, además del ininteligible chino, que iba hablando mientras todos se las veían y se las deseaban.

—¡Muchachos, no tengo ni puñetera idea de cómo vamos a hacer esto!

¿Acaso lo tenemos que llevar hasta allí?, tuvo ganas de preguntar Grainier, pero le pareció mejor guardarse el aliento para el forcejeo. A Sears se le escapó la risa, con la cara pálida de fatiga y horror. Todos se desplomaron en el polvo, se levantaron y volvieron a caer, con el chino hablando en jerigonza y aterrándolos a los cuatro hasta el punto de que ya daba igual lo que hubieran tenido en mente inicialmente, ahora sí que era hombre muerto. Ya no les quedaba más opción que tirarlo desde el puente de caballete.

Alcanzaron al resto, una cuadrilla de una docena de hombres que estaban descansando al sol, apoyados en sus herramientas, secándose el sudor y contemplando el espectáculo. Grainier aferraba convulsamente el pie calloso del chino, asombrándose de sí mismo, cuando el hombre que llevaba el otro pie lo soltó, se sentó jadeando en el suelo de tierra y recibió una patada en el ojo antes de que Grainier pudiera sujetar la pierna que ahora pataleaba libre.

—Ha sido una broma. Una broma —dijo el hombre sentado en la tierra, y al aliado que tenía allí le dijo—: Venga ya, Jel Toomis, dejémoslo correr.

—No lo puedo soltar —dijo aquel tal señor Toomis—. ¡Soy el que lo tiene agarrado del cuello!

Y se rió mientras una ráfaga de confusión le cruzaba el rostro.

—¡Yo lo tengo bien cogido! —dijo Grainier, agarrando con más fuerza en sus brazos los dos pies del pequeño demonio—. ¡Lo tengo yo, al cabrón, y yo me encargo!

El grupo de verdugos llegó a la mitad del último tramo de puente completado, veinte metros por encima de los rápidos, y se puso al límite de sus fuerzas para tirar al chino al vacío. Pero él pudo con ellos, se dedicó a aferrarse a sus brazos y piernas y a lloriquear en su jergonza hasta que de pronto se soltó y se agarró con un brazo a la viga que tenía debajo. Se quitó de encima con facilidad a sus captores, que de todas maneras ya se estaban intentando deshacer de él, y saltó al otro costado, suspendido sobre el abismo y descolgándose con una mano detrás de la otra por la silueta esquelética del tramo siguiente, pasando por encima del río. El compañero del señor Toomis corrió hasta allí, haciendo equilibrios sobre una viga y pisoteándole los dedos al tipo. El chino se fue descolgando de una viga a la siguiente, como si fuera un artista de circo, descendiendo por la estructura de barras entrecruzadas. Un par de trabajadores de la cuadrilla vitorearon su fuga, mientras que otros, aunque no tenían ni idea de por qué lo estaban persiguiendo, gritaron que había que detener al villano. El señor Sears se sacó de la funda que llevaba al cinto un viejo y enorme revólver de pólvora negra de cuatro balas y disparó las cuatro, sin resultado. Para entonces el chino ya se había esfumado.

En el camino de regreso a casa después de aquel incidente, Grainier se desvió tres kilómetros hasta la tienda que había en el poblado ferroviario de Meadow Creek para comprarle una botella de zarzaparrilla Hood's a su mujer, Gladys, y a su hija pequeña, Kate. La subida por la colina y a través del bosque en dirección a su cabaña lo dejó acalorado, y antes de recorrer el último kilómetro se detuvo a bañarse en el río, el Moyea, en una poza honda que había río arriba del poblado.

Era sábado por la noche, y a modo de preparación para la velada un grupo de trabajadores ferroviarios de Meadow Creek se habían congregado en la poza para bañarse con la ropa puesta y secarse sentados en las rocas antes de que cayera la oscuridad en el cañón. Los hombres dejaban a un lado los zapatos y las botas y se sumergían lentamente hasta los hombros, ahogando exclamaciones y salpicándose. Muchos de ellos ya daban sorbos de whisky de sus petacas mientras permanecían sentados temblando después de sus abluciones. Aquí y allí asomaba de la superficie algún brazo que agarraba con la mano un sombrero maltrecho, señal de que alguien se estaba mojando la cabeza. Grainier no reconoció a nadie y se quedó solo a un lado, vigilando de cerca sus botas y su botella de zarzaparrilla.

Mientras caminaba de regreso a casa bajo la oscuridad creciente, Grainier tuvo la sensación de que se iba topando con el chino por todas partes. El chino en el camino. El chino en el bosque. El chino caminando con pasos suaves, con las manos colgándole de unos brazos que parecían sogas. El chino saliendo con movimientos danzarines del arroyo, como si fuera una araña.

Le dio la Hood's a Gladys. Ella se incorporó hasta sentarse en la cama situada junto a la estufa donde estaba convaleciente de eczema y dando de mamar al bebé. Podría haber hecho acopio de fuerzas y haberse ocupado de la colada y de cortar las patatas y la trucha para la cena, pero siempre que a su mujer le dolía la cabeza o se le taponaba la nariz tenían la costumbre de dejarla

que se tumbara con una botella o dos del dulce tónico de Hood's y se tomara un descanso de aquellas tareas. A la bebé de Grainier también se la veía afectada por el eczema. Tenía los ojos pegajosos de legañas y le colgaban burbujas de mucosidad de los orificios nasales mientras mamaba y roncaba pegada al pecho de su madre. Kate tenía cuatro meses y seguía siendo completamente calva. No parecía reconocer a su padre. Su ligera enfermedad no le dolería, siempre y cuando no le derivara en tos.

Grainier se quedó de pie junto a la mesa de la única habitación de la cabaña, preocupado. Estaba seguro de que el chino les había lanzado una poderosa maldición mientras ellos lo arrastraban, y que eso podía tener toda clase de consecuencias negativas. Aunque asombrado ahora por el frenesí de la tarde, y perplejo por su violencia y por cómo esta lo había arrastrado como una semilla al viento, el joven Grainier seguía deseando no haberse refrenado y haber matado al chino antes de que este los maldijera.

Se sentó en el borde de la cama.

—Gracias, Bob —le dijo su mujer.

—¿Te gusta tu zarzaparrilla?

—Sí, ya lo creo, Bob.

—¿Tú crees que la pequeña Kate puede notar el sabor en tu teta?

—Pues claro que sí.

Muchas noches oían el tren de la Spokane International que subía al norte, a su paso por Meadow Creek, tres kilómetros valle abajo. Esta noche su silbido lejano despertó a Grainier, que se encontró solo en el camastro de paja.

Gladys estaba levantada con Kate, sentada en el banco que había junto a la estufa, desprendiendo restos fríos de avena de los costados del cazo y dejando que el bebé chupara aquellas gachas de la punta de su dedo.

—¿Cuánto crees que sabe la niña, Gladys? ¿Tanto como un cachorro, tú crees?

—Los cachorros pueden vivir solos después de que la perra los destete —dijo Gladys.

Grainier esperó a que ella le explicara qué quería decir. Le pasaba a menudo que su mujer pensaba más deprisa que él.

—Una cría de hombre no puede hacer eso —le dijo ella—, irse a vivir por su cuenta cuando lo destetan. El cachorro sabe más que el bebé hasta que el bebé aprende las palabras. Y me refiero a más que unas cuantas. Un perro criado en casa también conoce unas cuantas palabras, tantas como un bebé.

—¿Cuántas palabras, Gladys?

—Pues bueno —dijo ella—, sabe cómo se dicen las cosas que sabe hacer y las que tú le mandas que haga.

—Dime algunas de esas palabras, Glad.

Estaba oscuro y él quería seguir oyendo la voz de ella.

—Pues «trae el palo» y «ven» y «siéntate» y «échate» y «revuélcate». El perro sabe cómo se dice todo lo que él sabe hacer.

En la oscuridad sintió que la mirada de su hija se volvía hacia él como la de una bestia arrinconada. No era más que un engaño de su imaginación, pero le derramó algo frío en el

espinazo. Se estremeció y se tapó con la colcha hasta el cuello.

Robert Grainier ya no olvidaría aquel momento exacto de aquella noche durante el resto de su vida.

Al cabo de cuarenta y un días, Grainier estaba entre la cuadrilla de trabajadores ferroviarios que contemplaban cómo la primera locomotora recorría el tramo elevado de treinta y cuatro metros de vías que franqueaba el cañón de veinte de profundidad, circulando por el puente que habían construido ellos. El señor Sears se plantó junto a la máquina, de un solo motor, y levantó su revólver de cuatro balas para señalar el inicio del trayecto. Al sonar el disparo el maquinista destrabó el freno y se bajó de un salto de la máquina, que los hombres jalearon con gritos mientras avanzaba muy despacio por las vías y cruzaba a la otra orilla del Moyea, donde un segundo hombre esperaba para subirse a bordo de un salto y pararla antes de que se quedara sin vías. Los hombres vitorearon y gritaron con alegría. Grainier estaba triste. No sabía por qué. Él también vitoreó y vociferó. La estructura se iba a llamar el Puente del Atajo de Dieciocho Kilómetros porque eliminaba una larga curva que rodeaba el cañón para tomar un paso adyacente y de esa forma le ahorrraba a la Spokane International el tener que cuidar aquel tramo de dieciocho kilómetros de vías y traviesas.

La experiencia que había tenido Grainier con el Atajo de Dieciocho Kilómetros le dio ansias de participar en otras empresas enormes, donde multitudes de hombres eliminaran porciones enteras de bosque y ensamblaran estructuras de un tamaño nunca visto, armando gigantescos puentes de caballete de madera en lo alto de abismos infranqueables, cada vez más grandes, más largos y más profundos. En 1920 se fue al noroeste de Washington para ayudar a reparar el puente del desfiladero de Robinson, el más grandioso construido hasta el momento. Los artífices de sus planos habían conseguido salvar un espacio de 63 metros de profundidad y 245 metros de ancho por medio de un puente con unas vías férreas que soportaban el peso de una locomotora y dos vagones plataforma cargados de troncos. Pero el puente del desfiladero de Robinson tenía casi treinta años de antigüedad, se bamboleaba y daba terror: nadie lo cruzaba a bordo del tren, ni el maquinista. El guardafrenos lo recogía en la otra punta.

Una vez hechas las reparaciones, Grainier se adentró más en el bosque con la Simpson Company y trabajó sacando madera. Por toda la zona funcionaba una red de breves caminos de tablones. Las vías solamente eran para transportar la madera una vez fuera del bosque; al equipo de cuarenta y tantos tipos al que se había unido Grainier le tocaba llevar los troncos por medio de

tiros de seis caballos, hasta dejarlos lo bastante cerca del apeadero del tren como para enlazarlos con un cable.

En el apeadero había agazapada una máquina enorme que el capitán llamaba mula, un trasto con dos tambores de hierro tremendos, uno que iba soltando cable y el otro que lo recogía; la máquina arrastraba los troncos hasta el apeadero a la vez que mandaba el gancho hasta la eslinga de carga para enlazar el siguiente tronco. Era un vetusto coloso de vapor a leña que palpitaba, retumbaba y chirriaba, entre vapores que rugían igual que una catarata, y los caballos avanzaban pesadamente por el camino de troncos en una especie de silencio, con los hocicos anulados en medio del caos de vapor y maquinaria. Del apeadero los troncos iban a vagones de plataforma, a continuación cruzaban el majestuoso abismo del desfiladero de Robinson y seguían montaña abajo hasta enlazar con todos los ferrocarriles del continente americano.

Entretanto, Robert Grainier dejó atrás su treinta y cinco cumpleaños. Echaba de menos a Gladys y a Kate, a su Pequeña y a su Más Pequeña, pero había vivido treinta y dos años soltero antes de encontrar mujer, de manera que se limitó a acomodarse nuevamente en una soledad tranquila, allí, entre las píceas incontables.

Grainier trabajaba de cargador, aunque no en el apeadero, sino en el bosque, donde los aserradores operaban en parejas para derribar las píceas, los podadores se aplicaban a limpiarlas con las hachas, los leñadores las cortaban en secciones de seis metros de largo y por fin los cargadores las enlazaban con cables para que los caballos se las pudieran llevar. A Grainier le gustaban el trabajo, el esfuerzo, la fatiga mareante y el descanso profundo al final de la jornada. Le gustaban la grandiosidad que tenían las cosas en el bosque, la sensación de estar perdido y lejos de todo y la idea de que, entre tantos árboles que montaban la guardia, el peligro jamás lo podría encontrar. Pero de acuerdo con uno de sus compañeros, Arn Peeples, que ya era viejo y que de joven había sido un aserrador fanfarrón, los árboles eran asesinos, y aunque noventa y nueve de cada cien veces un buen aserrador fuera capaz de calcular correctamente cómo iba a caer el árbol, y hasta conseguir por medio de una serie de cortes magistrales y de cuñas que una pieza de cincuenta toneladas girara en redondo colina arriba y aterrizara detrás de él con tanta precisión como una aguja, la vez número cien podía acabar con su cara aplastada y él más tieso que la mojama, así de fácil. Arn Peeples decía que una vez había visto un tronco de cinco toneladas pegar un brinco sobresaltado, salir volando del carro, aterrizar encima de seis caballos y matarlos a los seis. Los árboles solo te trataban como a un amigo cuando tú los dejabas en paz. En cuanto la sierra los hendía, ya tenían una guerra entre manos.

Aislada de todo lo que les pudiera causar problemas, la cuadrilla, que a veces pasaba de los cuarenta hombres y nunca bajaba de los treinta y cinco, combatía al bosque desde el alba hasta la hora de cenar, derribando y combatiendo a las píceas gigantes hasta tenerlas cortadas en pedazos de un tamaño más o menos manejable, desempeñando unas tareas, pensaba Grainier, que a veces eran comparables con las pirámides, cambiando el rostro de las laderas de las montañas, hablando poco, comunicándose a gritos, viviendo con esa sensación pegajosa de la resina en las barbas, con el sudor extrayendo el polvo de su ropa interior de cuerpo entero e incrustándose en las arrugas del cuello y de las articulaciones, en medio de un olor a resina tan fuerte que les quemaba en la garganta y les escocía en los ojos, y hasta se imponía al olor de las bestias y el estiércol. Al final de la jornada los hombres de la cuadrilla se quedaban dormidos allí donde estuvieran. Unos cuantos tenían derecho a cabañas. La mayoría se alojaban en tiendas de campaña.

Se trataba en su mayoría de unas tiendas vetustas con parches enormes de arpillera; su lona procedía originalmente de las tiendas de infantería de la guerra de Secesión, del bando unionista, según contaba Arn Peeples. Él les mostraba las manchas de sangre que había en la tela. Algunas de aquellas tiendas habían viajado para albergar a la caballería americana en las campañas contra los indios, sirviendo durante más tiempo, ciertamente, que algunos de los hombres a los que habían cobijado, en opinión de Arn Peeples.

—Dejadme usar esa hacha, muchachos —le gustaba decir—. Cuando me ponga a dar hachazos, podéis venir a trabajar por la mañana y todavía habrá esquirilas volando de la noche anterior.

»Yo estoy hecho para talar en verano —decía Arn Peeples—. Los leñadores de Minnesota siempre os estáis quejando del calor. Yo no me empiezo a templar hasta que pasamos de los treinta y ocho. Una vez trabajé en un pico de las afueras de Bisbee, Arizona, donde no estábamos a más de diecisiete o dieciocho kilómetros del sol. El termómetro marcaba cuarenta y siete grados, y cada grado medía dos palmos de largo. Y eso a la sombra. Y encima no había sombra.

A todos sus compañeros de tala los llamaba «leñadores de Minnesota». Pero que supieran los presentes, ninguno de ellos había visto Minnesota ni en pintura.

Arn Peeples venía del sudoeste y afirmaba haber visto y hablado con los hermanos Earp en Tombstone; describía al famoso agente de la ley como un «loco hijo de puta». De joven había trabajado en las minas de Arizona y luego se había pasado décadas aserrando por los bosques del país entero, hasta convertirse en el trotamundos frágil y demacrado que era ahora, siempre cotorreando y guardando las distancias con el trabajo duro, el hombre de más edad del bosque entero.

Solo resultaba útil alguna que otra vez. Cuando había que excavar un túnel, él se encargaba de transportar la pólvora, colocar las cargas y abrirse paso por el barranco a base de detonaciones, hasta salir por el otro lado, con los hombres limpiándole los escombros después de cada explosión. Era un tipo supersticioso y lo hacía todo exactamente igual que lo había hecho en las Mule Mountains del sur de Arizona, en las minas de cobre.

—Yo vi personalmente cómo el señor John Jacob Warren perdía su fortuna entera. Estaba borracho y dijo que podía correr más deprisa que un caballo. —Aquello podría haber sido verdad. Arn Peeples no era propenso a mentir, o por lo menos no afirmaba conocer a muchas figuras famosas, más que a los Earp, y en cualquier caso, allí arriba nadie había oído hablar de aquel tal John Jacob Warren—. ¡Apostó a que podía correr más que un semental de tres años! Se quedó plantado en medio de la calle, bamboleándose, con los ojos cruzados de lo borracho que iba, increíble, ¡el hombre más rico de Arizona!, y echó a correr con el trasero de aquel semental mirándole todo el rato. Se apostó la mina de Copper Queen entera. ¡Y la perdió! ¡Con ese tipo sí que me gustaría jugarle los cuartos a mí! Por supuesto, ahora está más pelado que una rata y ni siquiera se puede ganar un sueldo decente.

A veces Peeples colocaba una carga, le daba la vuelta a la clavija para activarla y no pasaba absolutamente nada. Entonces se adueñaban del bosque una tensión y un silencio generalizados. De alguna forma, los hombres que estaban trabajando a un kilómetro de distancia se enteraban de que les tocaba ocuparse de una carga defectuosa, y todas las tareas se detenían. Peeples se vaciaba los bolsillos de sus pocas posesiones de valor —un reloj de latón, un peine de hojalata y un mondadientes de plata—, lo dejaba todo sobre un tocón y se adentraba en la oscuridad de su

túnel sin mirar atrás. Cuando salía, volvía a darle a las clavijas y la dinamita estallaba con un retumbar sordo, los hombres lo vitoreaban, del túnel salía disparada una nube de polvo y a todos les caía encima una lluvia de rocas pulverizadas.

Parecía muy claro que Arn Peeples se marcharía de este mundo en medio de una vaharada de humo y de un ruido monstruoso, y sin embargo se marchó de una forma bastante distinta, tras golpearle en la nuca una rama muerta caída de un alerce alto, una de esas ramas que se apodaban «hacedoras de viudas» precisamente por aquella clase de incidentes. El golpe le hizo perder el conocimiento, pero no tardó en recobrarlo y pareció que estaba bien, solo se quejaba de que notaba el espinazo «todo lleno de nudos» y de que «me da por caminar así, torcido». A lo largo de los días siguientes tuvo una serie de mareos y se volvió distraído y olvidadizo, se pasó el domingo entero en cama lleno de escalofríos y fiebre y el lunes por la mañana lo encontraron acostado y difunto, tapado con las mantas hasta la barbilla y con «tal expresión de paz —dijo el capitán— que daban ganas de no molestarlo, solo bajarlo a una fosa bien larga y ancha, con la cama y todo». Arn Peeples siempre decía que los árboles que seguían en pie podían ser tus amigos, pero fue de uno de aquellos árboles de donde le había bajado la muerte.

El mejor amigo de Arn, Billy, que también era viejo pero por lo general no hablaba, se las apañó para decir un par de cosas junto al montículo de su tumba.

—Arn Peeples no engañó a nadie en su vida —dijo—. No robó nunca, ni una piruleta cuando era pequeño, y llegó a bastante viejo. Supongo que ahí hay una lección para todos, para que nos portemos como es debido y así nos llevaremos bien. En el nombre de Jesús, amén.

—Amén —dijeron los demás.

—Ojalá pudiera daros a todos el día libre —dijo el capitán—. Pero la empresa es la empresa, y estamos en guerra.

La guerra en Europa había generado una gran demanda de madera de píceas. En realidad hacía dieciocho meses que se había firmado un armisticio, pero el capitán estaba convencido de que los armisticios eran simples situaciones temporales hasta que se reanudaban las batallas y uno de los bandos masacraba al otro hasta no dejar a nadie vivo.

Aquella noche los hombres hablaron de las virtudes de Arn y de sus defectos, y repasaron los detalles de sus últimas horas. ¿Acaso lo habían confundido las heridas de su cerebro, o bien había sido la fiebre que había contraído de repente? En su delirio había estado gritando locuras («¡Vaya reverendo levanta rocas!»), había vociferado; «¡Que el que corre primero agarre al atracador! ¡Cuidado! ¡Cuidado!»), había invocado a los espíritus de su pasado y había asegurado que lo habían visitado su hermana y el marido de su hermana, aunque los dos —y Billy dijo que él lo sabía a ciencia cierta— llevaban muchos años muertos.

Billy estaba a cargo de mantener humidificado y lubricado el motor del tambor doble y de vigilar el desgaste de los cables. Era una tarea fácil, trabajo para viejos. El verdadero engrasador de la cuadrilla era un chaval de doce años, Harold, el hijo del capitán, que se dedicaba a caminar por delante de los tiros de caballos con un cubo lleno de grasa de mielga y a untar con ella los troncos enormes usando un trapo de arpillera, para que no dejaran de resbalar. Una mañana de miércoles, solo dos días después de que Arn Peeples se muriera y lo enterraran, el joven Harold también se mareó y se desplomó mientras trabajaba, y los caballos se espantaron y a punto estuvieron de volcar la carga en su intento de no pisar al chico. Al chico lo salvó de morir mutilado la presencia afortunada de Grainier, que estaba de pie a un lado por pura casualidad,

esperando para cruzar el camino de troncos, y lo sacó de en medio tirándole de la pernera de los pantalones. El capitán se pasó la tarde entera atendiendo a su hijo y refrescándole la frente con agua de manantial. El chaval estaba febril y deliraba, y era aquella enfermedad la que lo había hecho desplomarse delante de los enormes animales.

Aquella noche el viejo Billy también cogió fiebre y estuvo agitándose de un lado a otro en su camastro y delirando sin parar hasta bien pasada la medianoche. Salvo por los comentarios que había hecho junto a la tumba de su amigo, lo más seguro era que Billy no hubiera soltado ni dos palabras durante todo el tiempo que los demás llevaban conociéndolo, y en cambio ahora no dejó pegar ojo a quienes tenía más cerca, y más tarde los hombres que dormían en las partes más alejadas del campamento contarían que aquella noche lo habían oído en sueños, principalmente llamándose a sí mismo por su nombre:

—¿Quién es? ¿Quién vive? —llamaba—. ¿Billy? ¿Billy? ¿Eres tú, Billy?

A Harold le bajó la fiebre, pero a Billy no. El capitán se comportaba como un hombre acosado por fantasmas, deambulando por el campamento y molestando a todos, cogiéndolos cada vez que podía y palpándoles las articulaciones, levantándoles los párpados con el pulgar y abriéndoles las mandíbulas como si estuviera comprando ganado.

—Se acabó la temporada de verano —les dijo el viernes por la noche a los hombres mientras estaban en la cola de la cena.

Había calculado la paga de cada uno. Grainier llevaba todo el verano mandando dinero a casa y todavía le tocaban cuatrocientos dólares.

El domingo por la noche terminaron la faena y bajaron los últimos troncos de la montaña, y seis hombres más cogieron fiebre. El lunes por la mañana el capitán le dio a cada trabajador una bonificación de cuatro dólares y les dijo:

—Salid de aquí, muchachos.

Para entonces Billy también había sobrevivido a la fase crítica de su enfermedad. El capitán, sin embargo, decía que se temía una epidemia de gripe como la de 1897. Aquella epidemia lo había dejado huérfano a él y había matado en una sola semana a su familia entera de trece hermanos y hermanas. Grainier le tuvo lástima a su jefe. El capitán había sido un líder fuerte y justo, un hombre de mediana edad y ojos azules que tenía poco trato con nadie salvo con su hijo Harold, y que nunca había contado que había crecido sin familia.

Aquel fue el primer verano que Grainier pasaba en el bosque, y el del desfiladero de Robinson fue el primero de los muchos puentes ferroviarios en los que trabajaría. Años después, muchas décadas después, de hecho, en 1962 o 1963, contemplaría a unos jóvenes carpinteros de metal trabajando en un puente de caballete allí donde la Ruta 2 cruzaba la garganta más profunda del río Moyea, que era igual de larga y profunda que el desfiladero de Robinson. La antigua carretera daba un largo rodeo para cruzar el río por un trecho de aguas poco profundas; la nueva cruzaba recto sobre la garganta, a doscientos metros por encima del río. A Grainier lo maravillaron aquellos jóvenes que se quitaban los unos a los otros los cascos de obra y los tiraban a la red de seguridad que había diez o doce metros más abajo, para a continuación tirarse ellos también y acabar rebotando como locos en la red y luego trepando por sus sogas de vuelta a la pasarela de madera. En sus tiempos él también se había movido como un chimpancé por las vigas, pero ahora no podía ni subirse a un taburete alto sin acabar un poco mareado. Mientras los observaba, se le ocurrió que había vivido casi ochenta años y había visto al mundo dar muchas

vueltas.

Unos años antes, a mediados de la década de 1950, Grainier había pagado diez centavos por ver al Hombre Más Gordo del Mundo, que iba tumbado en un diván dentro de una caravana que lo llevaba de pueblo en pueblo. Para colocar al Hombre Más Gordo del Mundo en aquel diván habían tenido que sacarle el techo a la caravana y bajarlo al interior con una grúa. Pesaba un poco más de cuatrocientos cincuenta kilos. Allí estaba repantingado, inmenso y sudoroso, con bigote, perilla y un pendiente dorado como de pirata, desnudo salvo por unos calzones cortos dorados y relucientes, con la carne desparramándose por todos lados, de punta a punta del diván, y desbordándolo para colgar hacia el suelo como una catarata paralizada, mientras que de aquella masa enorme de cuerpo asomaban la cabeza, los brazos y las piernas. El público hacía cola para quedarse en la puerta abierta y asomarse al interior. Él les decía a todos que compraran una foto suya de un montón que había junto a la ventana a diez centavos la unidad.

En la última parte de su larga vida, Grainier ya confundía la cronología del pasado y estaba seguro de que el día en que había visto al Hombre Más Gordo del Mundo —aquella misma noche— era el mismo día en que se había detenido en la calle Cuatro de Troy, Montana, a cuarenta y un kilómetros al este del puente, y se había quedado mirando un vagón de tren que llevaba a aquel joven y extraño artista rural llamado Elvis Presley. El vagón privado de Presley se había parado por alguna razón, tal vez para hacer reparaciones, en aquel pueblito diminuto que ni siquiera tenía estación propia. El famoso joven había aparecido brevemente en una de las ventanillas y había levantado la mano a modo de saludo, pero Grainier había salido de la barbería de la otra acera demasiado tarde para verlo. Se lo habían tenido que contar los lugareños que había allí plantados, en pleno anochecer, desplegados a lo largo de la calle entre el retumbar grave del motor de diésel en ralentí, hablando muy bajito o bien sin hablar, contemplando el misterio y la grandeza de un muchacho tan elevado y solitario.

Grainier también había visto a un caballo de los que salían en las películas, y a un niño-lobo, y había volado por el aire a bordo de un biplano en 1927. Había empezado la historia de su vida en un trayecto de tren que no recordaba y la terminaba plantado delante de un tren en el que iba Elvis Presley.

De niño, a Grainier lo habían mandado a él solo a Idaho. No sabía exactamente desde dónde lo habían mandado, porque su prima mayor le decía una cosa y el segundo mayor le decía otra, y él no se acordaba. El segundo mayor de sus primos también le aseguraba que en realidad no eran primos, mientras que la mayor le decía que sí, que lo eran; que la madre de ellos, a quien Grainier consideraba también su propia madre, era en realidad su tía, la hermana de su padre. Sus tres primos se mostraban de acuerdo en que Grainier había llegado en tren. Pero ¿cómo había perdido a sus padres originales? Nadie se lo había explicado nunca.

Cuando desembarcó en el pueblo de Fry, Idaho, tenía seis años; o tal vez siete, porque le parecía que había pasado mucho tiempo desde su cumpleaños anterior y se le ocurrió que tal vez se le hubiera pasado la fecha, que de todas maneras no sabía en qué caía. De acuerdo con sus cálculos, había nacido en algún momento de 1886, o bien en Utah o bien en Canadá, y había encontrado la forma de llegar hasta su nueva familia gracias a la Great Northern Railroad, que se había terminado de construir en 1893. Había llegado después de pasar varios días a bordo del tren, con su destino escrito en el dorso de un recibo del banco que llevaba sujeto con un imperdible a la pechera. El primer día de su viaje ya se había comido toda la comida que llevaba, pero diversos cobradores del tren lo habían seguido alimentando por el camino. Toda aquella aventura le hizo olvidar cosas que acababan de suceder, y enseguida se quedó sin recuerdos de toda la parte anterior de su vida. Su prima mayor le contaba que había venido del nordeste de Canadá, que la primera vez que lo habían visto solo hablaba francés y que le habían tenido que sacar el francés a azotes para hacer sitio al inglés. Los otros dos primos, que eran chicos, le contaban que era un mormón de Utah. De tan pequeño no se le había ocurrido preguntarles a sus tíos quién era. Y para cuando se le ocurrió preguntárselo, los dos ya llevaban mucho tiempo muertos.

Su primer recuerdo era él de pie junto a su tío Robert Grainier sénior, tan pequeño que solo le llegaba al codo a aquel hombre con olor a humo al que se había acostumbrado enseguida a llamar Padre, los dos plantados en una calle enfangada de Fry, con el río Kootenai a la vista, observando cómo deportaban del pueblo a más de un centenar de familias chinas. Al final de la calle, en el patio de vías de la Compañía Maderera Bonner, había hombres armados con hachas, pistolas y escopetas, allí de pie sin apenas hablar, mientras aquella gente extraña se subía a tres vagones plataforma, parloteando como pájaros y cobijando a sus criaturas en el centro del grupo, lejos de

los bordes de los vagones abiertos. Los hombres pequeños y de caras chatas iban sentados en el exterior de los tres grupos, con las rodillas recogidas y las manos entrelazadas en torno a las espinillas, mientras el tren se marchaba de Fry con rumbo a algún lugar por el que a Grainier no se le ocurrió preguntarse hasta varias décadas más tarde, ya de adulto y después de haber estado a punto de matar a un chino; después de haber querido matarlo. La mayoría de los chinos habían terminado a unos cuarenta y cinco kilómetros al oeste en Montana, entre los pueblos de Troy y Libby, en un lugar situado cerca del río Kootenai que pasaría a ser conocido como la Cuenca de China. Para cuando Grainier se puso a trabajar en los puentes, la comunidad ya se había dispersado, solo quedaba un puñado viviendo aquí y allí en la zona y ya nadie les tenía miedo.

El río Kootenai también pasaba por Fry. Grainier tenía recuerdos fragmentarios de una semana en que el río había desbordado sus márgenes y había inundado la parte baja del pueblo. Unas cuantas de las estructuras más frágiles se las había llevado el agua y se habían desintegrado en la corriente. La inundación arrancó del suelo la oficina de correos y se la llevó, y Grainier recordaba que alguien lo había levantado en brazos, tal vez su padre, y lo había hecho emerger por encima de las cabezas de una multitud de gente del pueblo para que viera cómo el edificio se alejaba navegando sobre las aguas. Más tarde unos canadienses se encontraron la oficina de correos embarrancada en unos bajíos, a ciento sesenta kilómetros río abajo, en la Columbia Británica.

Robert y su nueva familia vivían en el pueblo. A solo dos puertas de distancia un hombre calvo, que siempre vestía un peto de tela vaquera y nunca llevaba sombrero —un hombre corpulento, con las manos muy pequeñas y fuertes—, tenía un taller donde reparaba botas. A veces, cuando el hombre estaba fuera, a Robert o a alguno de sus primos les daba por entrar a hurtadillas en el taller y hurtar algún que otro pegote de cera de abeja del tarro que el hombre tenía en su mesa de trabajo. El reparador la usaba para encerar el hilo cuando estaba cosiendo cuero del duro, pero los niños la chupaban como si fuera caramelo.

El reparador, por su parte, mascaba tabaco, igual que muchos hombres. Un día pilló a los tres niños del vecino cuando pasaban frente a su puerta.

—Mirad —les dijo. Se inclinó hacia delante y expectoró un salivazo de gran tamaño en un frasco de cristal que tenía junto a la pata de su mesa. Levantó el recipiente del suelo y agitó los tres dedos de saliva oscura que contenía—. ¿Os apetece probar esto, niños?

Ellos no contestaron.

—¡Adelante, bebéoslo! Si os apetece, ¿eh? —les dijo.

Ellos no contestaron.

A continuación vertió el líquido espantoso dentro de su tarro de cera, lo removió todo bien con el dedo, levantó el dedo en dirección a las caras de los niños y les gritó:

—¡Coged un poco cuando queráis!

Y se rió sin parar. Se puso a mecerse en su silla, secándose los dedos en el regazo de tela vaquera. Una ligera decepción le relució en los ojos cuando miró a su alrededor y no encontró a nadie a quien contarle su hazaña.

En 1899 los pueblos de Fry y Eatonville fueron combinados bajo el nombre de Bonners Ferry. Fue en la escuela de Bonners Ferry donde Grainier aprendió a leer y a echar cuentas. Nunca fue precisamente un académico, pero sí que aprendió a descifrar la página escrita, y eso lo ayudó a moverse por el mundo. De adolescente vivió con su prima mayor Suzanne, y con su familia cuando

ella se casó, ya muertos sus padres, la tía Helen y el tío Robert Grainier.

Dejó de asistir a la escuela a los doce o trece años y, como no tenía padres que lo agobiaran, se volvió un holgazán. Un día que estaba pescando en el Kootenai, a un kilómetro y medio más o menos río arriba del pueblo, se encontró con un vagabundo itinerante, o «trota», como se conocía a los de su clase, acampado de cualquier manera entre unos abedules que le servían de escondrijo, cuidándose una pierna herida.

—Ven aquí. Por favor, chaval —lo llamó el trota—. Por favor... ¡por favor! Me han cortado los tendones de la rodilla y te quiero contar unas cuantas cosas.

El joven Robert recogió el sedal y dejó la caña a un lado. Subió por la orilla y se detuvo a tres metros de donde estaba el hombre sentado con la espalda apoyada en un árbol, las piernas extendidas y rectas, descalzo, la pierna izquierda apoyada en un camastro hecho de ramas de hoja perenne. El hombre tenía los viejos zapatos tirados a un lado. Llevaba barba y estaba todo embadurnado de polvo y de cachitos de bosque pegados por todo el cuerpo.

—Mira bien a un hombre asesinado —le dijo.

»Ni siquiera te voy a pedir que me traigas un poco de agua —continuó el hombre—. Tengo tanta sed que me bebería el río entero, pero como me voy a morir, no creo que me hagan falta favores. —Robert estaba paralizado. Le parecía ver una boca en forma de agujero que se movía en medio de un montón de hojas, trapos y pelo castaño apelmazado—. Solo tengo un par de cosas que decir, para que no se vayan conmigo a la tumba...

»Muy bien —dijo—. Me ha cortado la parte de atrás de la rodilla un tipo al que llaman Orejudo Al. Y soy consciente de que me ha matado. Eso es lo primero. Llévale esa información a tu sheriff, hijo. William Coswell Haley, de Saint Louis, Missouri, ha sido robado, herido en la pierna y asesinado por el trota al que llaman Orejudo Al. Primero me robó mi fajo de catorce dólares mientras yo dormía y luego me cortó los tendones de la rodilla para que no lo pudiera perseguir. Y ahora la pierna me apesta —dijo—, porque llevo tanto tiempo aquí tirado que se ha empezado a podrir. Y la podredumbre se me extenderá hasta que me muera y me llegue a los ojos. Hasta que yo sea un cadáver capaz de ver cosas. Capaz de seguir pensando. Y luego, sobre el cuarto día, me moriré del todo. No sé qué nos pasa entonces a las personas, si seguimos pensando en la tumba, o bien si subimos volando al cielo, o si se nos lleva el Diablo. Pero esto es lo que tengo que confesar, por si acaso:

»Me llamo William Coswell Haley y tengo cuarenta y dos años. Era un buen hombre con trabajo y perspectivas de futuro en Saint Louis, Missouri, hasta hace poco más de cuatro años. Por entonces mi sobrina Susan Haley ya tenía unos doce años y, como yo estaba viviendo en casa de mi hermano, empecé a meterme en la cama de ella por las noches. Yo era incapaz de dormir, así tal cual, no conseguía que el corazón me parara de latir desbocado, hasta que me levantaba de mi camastro, entraba a hurtadillas en la habitación de la chica, me metía en su cama y me quedaba allí callado. Y ella no se despertaba nunca. Ni siquiera una noche en que le retiré las mantas. Otra noche le toqué la cara y ella tampoco se despertó, le agarré el pie y no se sobresaltó. Otra noche le tiré de las mantas y la vi allí como un tronco. La toqué, le levanté el camisón y le hice todo lo que quise. Y digo todo. Pero ella no se despertó para nada.

»Me acostumbré a hacerlo todo el tiempo. Noche tras noche. Le hacía lo que quería. Y ella no se despertaba.

»Hasta que un día llegué a casa de mi trabajo en la fábrica de velas, que era un trabajo fácil de

conseguir a falta de otro. Sobre todo trabajaban allí señoras mayores, pero cogían a cualquiera. Llegué a casa y me encontré a mi cuñada, Alice Haley, sentada en el jardín en pleno día lluvioso de invierno, sentada en la hierba grasienta. Tirada allí. Berreando como un bebé.

»—¿Qué pasa, Alice?

»—¡Mi marido ha molido a palos a mi hijita Susan! ¡Mi marido la ha molido a palos! ¡A palos!

»—Dios bendito, ¿le ha hecho daño? —le dije—. ¿O solo ha herido en su pundonor?

»—¿Si le ha hecho daño? ¿Si le ha hecho daño? —me dijo entre lloros—. ¡Mi hijita está muerta!

»Ni siquiera entré en casa. Dejé todas mis posesiones dentro, fui andando a la estación del tren y me subí a un vagón de carga, y desde entonces ya no he vuelto a estar a más de cien metros de un tren. He viajado por todo el país. Y por Canadá. Y nunca me he alejado más de cien metros de esas vías y esos travesaños.

»La pequeña Susan estaba embarazada, me contó su madre. Y su padre le dio una paliza para sacarle de la panza a la criatura. La molió a palos hasta matarla.

El hombre agonizante se pasó unos minutos sin hablar. Respiró con dificultad, apoyó las manos en el suelo a sus costados y dio la impresión de que intentaba cambiar de postura, pero le fallaron las fuerzas. Parecía incapaz de coger el aire suficiente en los pulmones, jadeaba y resollaba.

—Ahora sí que te pido un poco de agua. —Cerró los ojos y dejó de intentar respirar. Cuando Robert se le acercó, convencido de que el hombre había muerto, William Haley le habló sin abrir los ojos—: Tráemela en ese zapato viejo.

El chico jamás le habló a nadie de William Coswell Haley. Ni al sheriff ni a su prima Suzanne ni a nadie. Le llevó al tipo un poco de agua en su propia bota y luego lo dejó allí para que se muriera a solas. Fue la más cobarde y egoísta de todas las negligencias que se le pudieron atribuir en sus años de juventud. Pero tal vez el incidente lo afectara de una forma que nadie podía estimar, porque después de aquello Robert Grainier sentó la cabeza y se pasó el resto de su juventud trabajando entre los jornaleros del pueblo, contratado por la empresa del ferrocarril o por las familias de empresarios de la zona, los Eaton, los Fry o los Bonner, encontrando trabajo en las cuadrillas más o menos cada vez que lo necesitaba, puesto que se mantenía lejos de la bebida y de todo lo que fuera indecoroso y tenía reputación de tipo serio.

De veinteañero trabajó en el pueblo, y de él se podría haber dicho, aunque nunca nadie hablaba de él, que era un tipo sin demasiados intereses. Con treinta y un años seguía cortando leña, cargando camiones y trabajando en las cuadrillas de jornaleros que reunían de vez en cuando los empresarios locales para realizar tareas temporales.

Y entonces conoció a Gladys Olding. Uno de sus primos, más tarde no recordaría a cuál de ellos tenía que dar gracias, lo llevó a la iglesia de los metodistas, y allí Grainier se la encontró, una chica menuda sentada justo al otro lado del pasillo que cantaba flojito durante los himnos, con una voz que a él no le costó ningún esfuerzo distinguir. Después del servicio los feligreses sacaron bollos y limonada, y ella se le presentó informalmente en el mismo jardín, con una sonrisa relajada, como si las chicas hicieran aquella clase de cosas a diario, y tal vez fuera así: Robert Grainier no lo sabía porque él nunca se acercaba a las chicas. A Gladys se la veía muy mayor para la edad que tenía, y es que había crecido, según le explicó, en una casa en medio de un pasto soleado, y se había pasado demasiado tiempo bajo la luz estival. Tenía las manos igual de ásperas que un hombre de cincuenta años.

Empezaron a verse con frecuencia, y debido a la naturaleza de su amistad, Grainier se vio forzado a buscarla casi siempre en los servicios dominicales de la iglesia metodista o en el grupo de oración de los miércoles por la noche. Ya en pleno verano, Grainier se la llevó un día por el camino del río para enseñarle la media hectárea de tierra que había comprado en un diminuto acantilado que dominaba el Moyea. Se lo había comprado al joven Glenwood Fry, que quería un automóvil y lo había conseguido a base de venderles muchas parcelas pequeñas de tierra a otros jóvenes del lugar. Grainier le contó a Gladys que tenía intención de plantar allí un huerto. El sitio

más agradable para levantar una cabaña quedaba al final de un sendero que salía de un montículo sin apenas maleza, que él podía aplanar fácilmente cambiando de sitio las rocas que lo formaban. A continuación podía despejar una zona más grande cuando cortara los troncos para hacer la cabaña, y arrancar los tocones tampoco sería tarea urgente, porque de entrada podía ir plantando el huerto entre ellos. Un sendero de ochocientos metros atravesaba un denso bosque y llevaba hasta un prado que había despejado hacía unos años Willis Grossling, ya difunto. La hija de Grossling le había dicho a Grainier que podía llevar a pastar allí a unos cuantos animales, siempre y cuando no fuera un rebaño entero. Y en todo caso, él no quería más que un par de ovejas y un par de cabras. Tal vez una vaca lechera. Grainier le explicó todo aquello a Gladys sin explicarle por qué se lo estaba explicando. Confiaba en que ella lo sospechara. Y le parecía que sí, porque para aquella excursión se había puesto el mismo vestido que solía llevar a la iglesia.

Corría un día caluroso de junio. Habían cogido prestado un carromato del padre de Gladys y se habían llevado un pícnic en dos cestas. Ahora fueron paseando hasta el prado de Grossling y caminaron por él con las margaritas llegándoles hasta las rodillas. Desplegaron el mantel junto al hilo de agua de un arroyuelo estacional que discurría sobre la hierba y se tumbaron juntos. A Grainier aquel prado le parecía hermoso. Alguien debería pintarlo, le dijo a Gladys. Los ranúnculos se mecían bajo la brisa y a las margaritas les temblaban los pétalos. Y sin embargo, más lejos, al otro lado del prado, parecían inmóviles.

—Ahora mismo creo que entiendo todo lo que existe —dijo Gladys.

Grainier sabía que ella se tomaba muy en serio la iglesia y la Biblia, y supuso que tal vez estuviera hablando de algo perteneciente a aquel orden de cosas.

—Bueno, ya ves las cosas que me gustan a mí —le dijo él.

—Pues sí —dijo ella.

—Y veo algo que me gusta muchísimo —dijo él, y la besó en los labios.

—Ay —dijo ella—. Me has aplastado la boca contra los dientes.

—¿No te ha gustado?

—No. Vuelve a hacerlo. Pero más suave.

El primer beso lo hizo desplomarse por un agujero y salir por el otro lado a un mundo donde le pareció que podría encontrar su lugar; como si hasta entonces hubiera estado forcejeando en contradirección y ahora diera media vuelta para seguir la corriente. Se pasaron la tarde entera besándose entre las margaritas. Él se sentía en la gloria, y más lleno de pasión de lo que se suponía que era capaz.

Cuando el sol empezó a pegar demasiado fuerte, se pusieron debajo de un pino de Banks solitario que había en medio del pasto de citronela, él con la espalda apoyada en la corteza del árbol y ella con la mejilla apoyada en su hombro. Las margaritas blancas salpicaban el pasto con tanta abundancia que daban la impresión de ser espuma. Él tenía ganas de pedirle su mano allí mismo, pero le daba miedo. Seguramente ella quería que él se la pidiera, o no estaría allí tumbada a su lado, respirándole sobre el brazo, con el pelo pegado a su cara, un pelo que tenía una ligera fragancia a sudor y a jabón...

—¿Quieres ser mi esposa, Gladys? —le preguntó, asombrándose a sí mismo.

—Sí, Bob, creo que sí quiero —dijo ella, y pareció contener un momento la respiración.

Luego él suspiró y los dos se rieron.

Cuando, en el verano de 1920, regresó de trabajar en el desfiladero de Robinson con cuatrocientos dólares, viajando en vagón de pasajeros hasta Coeur d'Alene, Idaho, y luego subiendo en carromato por el corredor septentrional, Grainier se encontró con que el valle del Moyea estaba siendo consumido por un incendio. Viajó por entre una neblina cada vez más densa de humo de leña hasta Bonners Ferry y allí se encontró el pueblito abarrotado de vecinos de todo el valle del Moyea que se habían quedado sin casa.

Grainier buscó a su mujer y a su hija entre los refugiados del pueblo. Muchos de ellos no tenían más remedio que empezar desde cero, en la miseria absoluta. Nadie tenía noticia alguna de la familia de él.

Buscó entre el centenar aproximado de personas que había acampadas en el recinto ferial, entre las exiguas posesiones mundanas que habían podido reunir, muñecas, espejos y bridas, todo empapado. Se las habían apañado para escapar vadeando el río, atravesando el incendio y escapando por el flanco sur. En cambio, de quienes habían huido hacia el norte y habían tratado de ir más deprisa que las llamas, no se habían vuelto a tener noticias. Grainier preguntó a todo el mundo, pero nadie sabía nada de su mujer y de su hija, y se fue poniendo cada vez más frenético a medida que presenciaba la extraña felicidad de que hacían gala los refugiados que habían salido del incendio con vida, y su aparente desinterés por el destino de cualquiera que quizá no lo hubiera conseguido.

El tren de la Spokane International que iba al norte se detuvo en Bonners y se negó a moverse hasta que el fuego estuviera controlado y una buena lluvia empapara el corredor septentrional. Grainier caminó los treinta kilómetros de la carretera del río Moyea que lo separaban de su casa con un pañuelo atado encima de la nariz y de la boca para filtrar el humo, deteniéndose para mojarlo con frecuencia en el río y avanzando bajo una nevada plateada de ceniza. Allí no había nada ardiendo. El incendio se había iniciado en la margen este del río, un poco al norte del poblado de Meadow Creek, había avanzado hacia el norte, había cruzado el río por una angosta garganta usando como puente las gigantescas píceas en llamas que iban cayendo y había procedido a devorar el valle entero. Meadow Creek estaba desierto. Grainier se detuvo en el apeadero del tren, bebió agua del barril que había allí y siguió avanzando a toda prisa sin descansar. Enseguida pasó por un bosque de estacas enormes y calcinadas que solo unos días antes habían sido árboles de hoja perenne. El mundo era gris, blanco, negro y acre, en él no había ni un solo animal ni una planta vivos; ya nada ardía y sin embargo todo seguía lleno de la calidez y de la vida del fuego. Toneladas de ceniza y toneladas de humo asfixiante: kilómetros antes de llegar a su casa ya tuvo claro que no podía quedar nada de ella, pero aun así siguió adelante, llorando por su mujer y por su hija, gritando una y otra vez: «¡Kate! ¡Gladys!». Salió del camino para echar un vistazo en la propiedad de los Andersen, que era la primera después de Meadow Creek. Al principio ni siquiera consiguió distinguir dónde había estado la cabaña. Las tierras de los Andersen se veían idénticas al resto del valle, quemadas y en silencio salvo por el susurro colectivo de los últimos restos de la combustión. Se encontró su cocina asomando como un montículo sobre una pila alta de cenizas, allí donde el calor había combado sus patas de hierro. A poca distancia se veían desperdigadas unas cuantas de las piedras más grandes de la chimenea. Todo lo demás estaba enterrado en ceniza.

Cuanto más al norte caminaba, más fuerte se oían los crujidos de los troncos al partirse y el

susurro del fuego, hasta llegar a un punto en que los árboles calcinados que lo rodeaban todavía humeaban. Al doblar un recodo oyó el rugido del incendio y por fin lo vio, un kilómetro más adelante, como un telón rojo y negro que descendía del cielo nocturno. Incluso a aquella distancia, el calor lo detuvo. Se desplomó de rodillas, se sentó en medio de la ceniza caliente a través de la cual había estado caminando, y lloró.

Al cabo de diez días, cuando la Spokane International ya volvía a funcionar, Grainier viajó a bordo de uno de sus trenes hasta Creston, en la Columbia Británica, y regresó el mismo día al atardecer, atravesando en dirección sur el valle que había sido su hogar. El incendio había escalado las montañas de ambos lados del valle y se había detenido en mitad del descenso de las laderas opuestas, según las informaciones que Grainier había escuchado con atención. Había arrasado el valle entero de punta a punta, como una fogata de campamento en una zanja. Robert Grainier no olvidaría en la vida la imagen del valle quemado bajo el crepúsculo, la más onírica que había visto nunca despierto: los tonos pastel brillantes de las últimas luces del día, un puñado de nubes altas y blancas, reflejando la luz diurna del valle, y otras estriadas, grises y rosadas, las más bajas de las cuales rozaban las cimas de los montes Bussard y Queen. Y por debajo de aquel cielo imponente, el valle negro, completamente inmóvil, y el tren avanzando a través de él con gran estruendo pero incapaz de despertar aquel mundo muerto.

Las noticias que llegaban a Creston eran terribles. Ningún superviviente del incendio del valle del Moyea había aparecido por allí.

Grainier se quedó varias semanas en casa de su primo, sintiéndose bastante mal, afectado por su connatural pena y confuso por la situación. Comprendía que había perdido a su mujer y a su hijita, pero a veces cierta idea se abalanzaba sobre él, de hecho se arrojaba sobre sus pensamientos como un ejército irresistible: Gladys y Kate habían conseguido huir del fuego, así que tenía que buscarlas por todas partes, en el mundo entero, hasta que las encontrase. Las pesadillas lo despertaban todas las noches: Gladys llegaba a casa desde aquel paisaje negro, vestida con harapos cenicientos y con su hija en brazos, y, al no encontrar nada allí, se quedaba llorando en medio de aquel yermo.

En septiembre, treinta días después del incendio, Grainier alquiló un par de caballos y un carromato y partió por el camino del río llevando un montón de provisiones, con la intención de instalarse en su media hectárea y pasarse el invierno entero esperando a que su familia regresara. Podía dar la impresión de ser un plan absurdo, y sin embargo el experimento tuvo el efecto de hacerle recobrar el juicio. En cuanto se adentró en los escombros sintió que el dolor de su corazón se ennegrecía y se purificaba, como si fuera un pedazo real de materia que el fuego limpiaba de pensamientos desquiciados y esperanzados. La capa de ceniza por la que avanzaba con el carromato era tan profunda que en algunos lugares ocultaba el lecho de la carretera igual que la nieve en invierno. Solo las bestias más rápidas y las que tenían alas podían haber escapado de la voracidad de aquel incendio.

Después de recorrer varios kilómetros de aquel yermo, sin apenas poder respirar por culpa del hedor, se rindió y regresó a vivir al pueblo.

Poco después del inicio del otoño, varios hombres de negocios de Spokane levantaron un hotel en el pequeño poblado ferroviario de Meadow Creek. Para la primavera, unas cuantas familias desposeídas ya habían regresado al valle del Moyea para empezar desde cero. Grainier no había tenido intención de volver, y sin embargo en mayo ya estaba acampado junto al río,

pescando truchas de agua dulce y recogiendo unas setas muy sabrosas que los canadienses llamaban morillas y que brotaban en los suelos donde había habido incendios. Tras avanzar hacia el norte durante varios días, Grainier se encontró a un tiro de piedra de su antigua casa y subió por el barranco que a Gladys y él les había servido para orientarse habitualmente cuando iban o venían del río. Le maravilló ver cuántos brotes y flores ya habían nacido de aquella muerte generalizada.

Ascendió hasta el sitio donde había estado su cabaña y no vio ni rastro ni señal alguna de su antigua vida, solo un trozo de suelo oscuro rodeado de los postes negros de las píceas. Apenas quedaba rastro de la cabaña, se había quemado tan completamente que sus cenizas se habían mezclado con el manto que lo cubría todo y luego las había apisonado la nieve y el deshielo las había arrastrado y disuelto.

Encontró la estufa de leña tirada de costado, con las patas retorcidas como las de un escarabajo. La puso de pie y tiró de la manilla. Los goznes se rompieron y la portezuela se desprendió. Dentro había un pedazo de madera de abedul, apenas chamuscado.

—¡Gladys! —llamó en voz alta.

Todo lo que él había amado estaba allí reducido a cenizas, y sin embargo su mujer había tocado aquel objeto y lo había tenido en su mano.

Hurgó en el barro apelmazado del suelo y no encontró casi nada que pudiera reconocer. Escarbó por entre la ceniza y recogió uno de los clavos que había usado para construir las paredes de la cabaña. Pero no pudo encontrar más.

Tampoco vio señal alguna de su Biblia. Si el Señor ni siquiera había conseguido proteger el libro que traía su Palabra, aquello le demostraba a Grainier que allí había habido un incendio más fuerte que Dios.

En cuanto llegara junio o julio, aquel claro del bosque estaría cubierto de hierba verde. De las cenizas ya brotaban pinos de Banks de dos palmos de altura, a docenas. Él se acordó de la pobrecilla Kate y volvió a hablar consigo mismo en voz alta.

—Nunca llegó a la altura de un arbolito.

Grainier pensó que debía de ser prácticamente la única criatura con vida de toda aquella región estéril. Y sin embargo, plantado en el lugar donde había tenido su antigua casa, oyó que los lobos de las cimas lejanas contestaban a sus palabras en voz alta, y que a su vez a estos les replicaban otros lobos, hasta que el valle entero estuvo cantando. También había pájaros, quizá no en busca de comida, pero sí posados para descansar brevemente antes de seguir cruzando la tierra quemada.

Gladys, o bien su espíritu, andaba cerca. Lo abrumó la sensación de que en aquel lugar había algo perteneciente a ella y a su bebé, a las dos, esperando a que alguien lo recogiera. ¿Qué podía ser? Se le ocurrió que tal vez fueran aquellos bombones que Gladys había comprado guardados en una caja roja y envueltos en papel blanco. Era una idea descabellada, pero no se atrevió a cuestionarla. Una vez por semana, ella y la chiquilla solían comerse un bombón por cabeza. De pronto empezó a divisar aquellos envoltorios tirados por todos lados. Cuando los miraba directamente, sin embargo, desaparecían.

Hacia el anochecer, mientras Grainier yacía tumbado junto al río y envuelto en una manta, acertó a ver algo que se movía muy deprisa por el cielo, volando a lo largo del río. Miró otra vez y vio que se trataba del bonete de su mujer Gladys, flotando por el cielo. Pasando por encima de

él.

Permaneció varias semanas en aquel campamento, esperando y deseando que le llegaran más visiones como la del bonete y la de los bombones, tantas como quisieran llegarle, y supuso que mientras siguiera viendo cosas imposibles en aquel lugar, y además cosas que le gustaban, también podría conservar el hábito de hablar solo. Muchas veces al día se sorprendía a sí mismo lanzando un suspiro enorme y diciendo: «¡Circunstancias bien adversas!». Pensó que le iría bien ponerse a hacer cosas para dejar de suspirar tanto.

A veces se acordaba de Kate, de aquella chiquilla preciosa, pero no a menudo. La de su hija no era una historia tan triste. Apenas había estado despierta, mucho menos viva.

Se pasó todo aquel verano alimentándose de morillas secas y de truchas frescas, cocinando ambas cosas juntas en la mantequilla que compraba en la tienda de Meadow Creek. Al cabo de un tiempo llegó al lugar una perrilla de pelo rojizo. La perra se quedó con él y Grainier dejó de hablar solo porque le daba vergüenza que el animal lo viera. Se hizo con un toldo de lona y una soga en la tienda de Meadow Creek, y más tarde se compró una cabra y se la llevó a su campamento. La perra se mostró cautelosa y se puso a seguir a aquella recién llegada a cierta distancia. Grainier ató la cabra a una estaca, cerca de su entoldado.

Se pasó varios días siguiendo el arroyo, metiéndose por cañadas donde el incendio no había sido tan implacable y recogiendo ramitas de mimbrera que luego usó para tejer un canasto de unos dos metros cuadrados de base y un metro de altura. Caminó con la perra hasta Meadow Creek y se compró cuatro gallinas, junto con un gallo para que no se le alborotaran; se las llevó a casa dentro de un saco de grano y las metió en el canasto que servía de corral. De vez en cuando las dejaba salir un par de días, pero las tenía en el corral a menudo para que no le escondieran los huevos, aunque tampoco es que hubiera tantos sitios secretos donde esconder un huevo en medio de aquella desolación.

La perrilla de pelo rojizo se alimentaba de leche de cabra, de cabezas de pescado y —suponía Grainier— de cualquier cosa que pudiera atrapar. No era mala compañía cuando a ella le apetecía, pero tenía la costumbre de desaparecer varios días seguidos.

Como el suelo estaba demasiado desnudo para pastar, Grainier le daba de comer a la cabra el mismo pienso que a las gallinas. Aquello acabó saliéndole caro. Así pues, después de la primera helada de septiembre sacrificó a la cabra e hizo cecina con casi toda su carne.

Después de la segunda helada de la temporada, a lo largo de un par de semanas se dedicó a estrangular una por una todas las aves de su corral y hacer estofado con ellas, hasta que él y la perra se las hubieron comido todas, gallo incluido. Luego se marchó a Meadow Creek. No había plantado ningún huerto ni tampoco había construido más estructura que su entoldado.

Mientras se preparaba para marcharse, habló del futuro con su perra.

—No soy dado a tener perro en el pueblo —le dijo al animal—. Pero me parece que eres vieja, y no creo que una perra vieja como tú pueda sobrevivir al invierno sola en estas colinas.

Y le aseguró que pagaría unos centavos más para llevarla a bordo del tren que recorría los dieciocho kilómetros que los separaban de Bonners Ferry. Pero al animal no debió de parecerle bien. El día en que Grainier recogió sus pertenencias para ir andando hasta el apeadero de Meadow Creek, la perrilla de pelo rojizo no apareció por ningún lado, de manera que se marchó sin ella.

El trabajo abortado del año anterior en el desfiladero de Robinson le había dado suficiente

dinero como para pasar el invierno en Bonners Ferry, pero para estirarlo Grainier trabajó por veinte centavos la hora a las órdenes de un hombre llamado Williams, que tenía un contrato con la Great Northern para venderles un millar de cuerdas de leña a dos dólares con setenta y cinco centavos la unidad. Las duras jornadas de trabajo incesante lo protegían del frío, tanto a él como a otros siete hombres, a pesar de que el invierno resultó ser el más frío que se vivía en muchos años. El río Kootenai se congeló hasta tal punto que un día, estando en el solar adonde los carromatos llevaban los troncos de abedul y de alerce para ser serrados y partidos, pudieron ver cómo alguien conducía un rebaño de doscientas cabezas de ganado sobre el hielo, de orilla a orilla del río. Las vacas se internaron en la superficie blanca y vacía y levantaron una nube de nieve que primero se las tragó a ellas, a continuación se tragó todo lo que había al norte de la orilla y por fin se elevó lo bastante como para ocultar el sol y el cielo.

A finales de aquel mes de marzo Grainier regresó al emplazamiento de su antigua cabaña en el valle del Moyea, esta vez llevando consigo un carromato entero de provisiones.

Los animales habían regresado a lo que quedaba del bosque. Mientras Grainier conducía el carromato tirado por una yegua gruesa y lenta del color de la arena, vio puñados de mariposas de color naranja elevarse de golpe de los montones de excremento morado negruzco de oso y echar a aletear y a revolotear como si fueran hojas sin árboles. Por aquel camino enfangado circulaban más osos que gente, a juzgar por los rastros de huellas que iban dejando por el medio, en ambas direcciones. Más avanzado el verano bajarían a buscar comida a las matas de arándanos que él ya veía que empezaban a brotar otra vez en las laderas ennegrecidas de las colinas.

En su viejo campamento junto al río volvió a levantar su entoldado de lona y se dedicó a talar una sesentena de píceas quemadas, ninguna de ellas de un diámetro mayor que su sombrero, siguiendo la teoría ampliamente aceptada de que un hombre podía manipular troncos para la construcción sin ayuda de nadie siempre y cuando tuvieran la misma circunferencia aproximada que su cabeza. Valiéndose de la yegua de alquiler llevó los troncos hasta su claro, a continuación tuvo que devolver el tiro a los establos de Bonners Ferry y coger el tren de regreso a Meadow Creek.

Al cabo de un par de días, cuando regresó a su antigua casa —convertida ahora en su nueva casa—, Grainier vio por fin lo que hasta entonces su trabajo le había impedido ver: que ya era primavera bien entrada, que hacía un tiempo soleado y hermoso y que en el valle del Moyea ya se veía bastante verde sobre el fondo oscuro de la tierra quemada. El terreno circundante se estaba curando. Las adelfillas y los pinos de Banks ya le llegaban a la altura del muslo. Cada vez que se levantaba brisa flotaba por el valle una neblina de polen de pino de color mostaza. Si él no arrancaba la nueva cosecha de brotes, el bosque reclamaría otra vez su claro.

Construyó su cabaña de unos seis metros por seis de planta. Primero tiró cuerdas y asentó unos cimientos de piedras dentro de un foso que cubría hasta la rodilla a fin de llegar por debajo de la línea de congelación. A continuación desbastó los troncos y los talló para dejarlos bien alineados los unos con los otros, haciéndoles muescas y apoyándose los más altos sobre la espalda para levantarlos hasta el lugar donde tenían que ir. En un mes había levantado cuatro paredes de más de dos metros y medio de alto. Las ventanas y el tejado los dejó para más adelante, cuando pudiera conseguir madera del aserradero. Echó su toldo de lona por encima del lado este para que no le entrara agua de la lluvia. No había hecho falta desbastar la madera porque de aquello ya se había encargado el fuego. Había oído decir que la madera de árboles muertos por el fuego era la que

más duraba, pero la cabañaapestaba. Se dedicó a quemar montones de agujas de pino de Banks en medio del suelo de tierra, intentando cambiar la naturaleza del olor, y al cabo de un tiempo le pareció que lo había conseguido.

A principios de junio apareció la perra de pelo rojizo, se asentó en un rincón y parió una camada de cuatro cachorros con bastante pinta de lobos.

En la tienda de Meadow Creek le comentó aquella novedad a un indio kootenai llamado Bob. Bob el Kootenai era un tipo serio que siempre había rechazado el alcohol y que trabajaba con frecuencia de jornalero en el pueblo, igual que Grainier, y hacía muchos años que los dos se conocían. Bob el Kootenai le dijo que era muy extraño que los cachorros de la perra le hubieran salido con pinta de lobos. Los kootenai sostenían que en un cubil de lobos solo había una pareja capaz de producir cachorros, y que de todos los lobos machos el único que criaba era el jefe de la tribu. Y que la loba que el jefe elegía para parir sus camadas era la única hembra de la manada que entraba en celo.

—Así pues —le dijo Bob—, te digo yo que tu perra vagabunda no puede haber parido una camada de lobos.

Pero ¿y si se hubiera encontrado con la manada de lobos en el momento preciso en que estuviera entrando en celo?, preguntó Grainier. ¿Acaso el rey lobo no la podría haber montado en aquel momento, en busca de una experiencia nueva?

—Entonces quizá, quizá —dijo Bob—. Es posible. Es posible que acabes teniendo un perro hijo de lobo. Es posible que acabes teniendo tu propia manada, Robert.

Tres de los cachorros se escaparon en cuanto la perrilla los destetó, pero el cuarto, un macho torpón, se quedó, y su madre lo toleró. Grainier estaba seguro de que aquel perro era hijo de lobo, pero ni siquiera gimoteaba a modo de respuesta cuando al anochecer aullaban las manadas lejanas, algunas de las cuales se oían desde las montañas Selkirk, en la Columbia Británica. Grainier tuvo la sensación de que a aquella criatura había que enseñarle su naturaleza. Una noche se le puso al lado y empezó a aullar. El cachorrillo se limitó a quedarse allí sentado, con un par de dedos de lengua rosada asomándole estúpidamente de la boca cerrada.

—No estás creciendo en la dirección que te señala tu naturaleza, que es aullar cuando aúllan los demás —le dijo al mestizo.

Grainier se irguió mucho y se dedicó a aullar larga y tristemente en dirección a la cañada y a aquel río hundido y silencioso que a duras penas acertaba a ver ya, con el cielo tan oscuro... Pero el cachorro, nada de nada. Y sin embargo, a partir de aquel día, cuando Grainier oía a los lobos al anochecer, a menudo echaba la cabeza hacia atrás y aullaba con todas sus fuerzas, porque le sentaba bien. Le quitaba de encima algo pesado que se le solía acumular dentro del corazón, y después de cada sesión vespertina con su coro de lobos de la Columbia Británica, se sentía animado y alegre.

Intentó contarle aquella novedad a Bob el Kootenai.

—¿Conque aúllas? —le dijo el indio—. Pues ya estás listo. Es la señal, según dicen: no hay lobo en este mundo que no pueda domesticar a un hombre.

El cachorro desapareció antes del otoño, y Grainier confió en que hubiera cruzado la frontera para reunirse con sus hermanos en Canadá, pero tenía que dar por sentado lo peor: que hubiera sido pasto de un halcón, o de los coyotes.

Muchos años más tarde, en 1930, Grainier vio a Bob el Kootenai en el mismo día de su

muerte. Aquel día Bob el Kootenai se emborrachó por primera vez en su vida. Unos jornaleros de un rancho que habían venido de visita del otro lado de la frontera de la Columbia Británica habían conseguido hacerle beber una copa preparándole una jarra de clara, cerveza mezclada con limonada. Le habían dicho que se podía beber aquello sin consecuencia alguna, porque el efecto del zumo de limón anularía el de la cerveza, y Bob el Kootenai les había creído, porque Estados Unidos ya llevaba más de una década de Prohibición, y a la gente de Canadá, donde seguía siendo legal el licor, se la consideraba experta en cuestiones alcohólicas. Grainier se encontró al viejo Bob sentado en un banco delante del hotel de Meadow Creek, hacia el anochecer, rodeando con las piernas una olla de ocho litros llena de cerveza —a aquellas alturas ya no quedaba ni rastro de limonada—, y tragándola como si fuera un chuchó sediento. El indio llevaba bebiendo toda la tarde, se había meado encima varias veces y había perdido el habla. En algún momento después de que oscureciera se alejó de allí y se las apañó para recorrer un kilómetro y medio por las vías del tren, donde cayó inconsciente sobre los travesaños y fue atropellado por una serie de trenes. Le pasaron por encima cuatro o cinco, hasta que a media tarde del día siguiente la multitud de cuervos que se había congregado hizo que se acercara alguien a investigar. Para entonces Bob el Kootenai ya estaba esparcido a lo largo de medio kilómetro por el corredor del tren. Durante los días siguientes se pudo ver a su gente trabajando en la tierra negra que flanqueaba las vías, localizando cualquier pedacito de carne, hueso y ropa que los cuervos no hubieran encontrado y recogidos en una serie de bolsas de cuero hermosamente pintadas de colores vivos, que luego debieron de quitarse en alguna parte y enterrarlas con la ceremonia de rigor.

Más o menos por la época en que Grainier consiguió cogerles el ritmo a las estaciones —los veranos en Washington, la primavera y el otoño en su cabaña y los inviernos en una pensión de Bonners Ferry—, empezó a ver que no podría alargar mucho aquella rutina. Esto fue cuando llevaba cuatro años residiendo en la cabaña nueva.

El sueldo que ganaba los veranos le daba lo bastante como para vivir el año entero, pero él no estaba hecho para ser leñador. Primero se dio cuenta de lo mucho que necesitaba los inviernos para descansar y recuperarse. Después sospechó que ya no le bastaba con el invierno para recuperarse. Los codos le crujían ruidosamente al estirar los brazos y algo se le trababa y le chascaba en el hombro derecho cada vez que lo movía hacia donde no debía. La mayoría de las mañanas sentía una rigidez generalizada del cuerpo que se le iba pasando por mitades, y aunque era cierto que por las tardes trabajaba como una máquina, ya había dejado atrás los treinta y cinco años y se acercaba a los cuarenta, y la verdad era que el bosque ya no se le daba bien.

Al llegar el mes de abril de 1925, no hizo su viaje anual a Washington. En aquella época no faltaba el trabajo en el pueblo para quien lo quisiera. Le apetecía quedarse más cerca de casa y a tal efecto adquirió un par de yeguas y un carromato, aunque gracias a una triste circunstancia. El carromato había sido propiedad de los señores Pinkham, que tenían un taller en la Ruta 2. Grainier había aceptado ayudar a su nieto Henry, apodado Hank, un joven enorme que aún no tendría la veintena, ciertamente no mayor de veintipocos años, a cargar sacos de harina de maíz en el carromato de los Pinkham. Les estaba haciendo aquel favor a raíz de haber parado un momento allí a comprar tornillos para el mango de una sierra. Pero solamente llevaban dos sacos cargados cuando Hank dejó caer al suelo de tierra del cobertizo el tercero que llevaba a hombros y dijo: «Menudo mareo que tengo hoy». Se sentó en el montón de sacos, se quitó el sombrero, se desplomó de lado y se murió.

Su abuelo salió corriendo de la casa al llamarlo a gritos Grainier y fue directamente a ver al chico, diciendo:

—Oh. Oh. Oh. —Estaba boquiabierto de incompreensión—. No se ha muerto, ¿verdad?

—No lo sé, señor. No tengo ni idea. Se ha sentado y se ha caído. Creo que ni siquiera ha llegado a quejarse —le dijo Grainier.

—Tienes que ir a buscar ayuda —le dijo el señor Pinkham.

—¿Y adónde voy?

—Tengo que ir a buscar a mi mujer —dijo Pinkham, mirando a Grainier con cara de terror—. Está en la casa.

Grainier se quedó con el chico muerto, pero evitó mirarlo todo el tiempo que pasaron los dos solos.

La vieja señora Pinkham entró en el cobertizo agitando las manos y dijo:

—¿Hank? ¿Hank? —Y se inclinó para coger la cara de su nieto entre las manos—. ¿Estás muerto?

—Está muerto, ¿verdad? —dijo su marido.

—¿Está muerto! ¡Muerto!

—Está muerto, Pearl.

—Ya está con Dios —dijo la señora Pinkham.

—Dios bendito, acoge a este chico en tu seno...

—¡Esto ya se veía venir! —se lamentó la anciana.

—Tenía el corazón débil —explicó el señor Pinkham—. Ya se le notaba. Siempre lo supimos.

—Su corazón fue su destino —dijo la señora Pinkham—. Podías mirarlo en cualquier momento y darte cuenta de eso.

—Sí —asintió el señor Pinkham.

—Era muy dulce y bueno —dijo la señora Pinkham—. Y apenas un niño. ¡Apenas un niño!

Se puso de pie con furia, salió dando zancadas del cobertizo, caminó hasta el arcén de la carretera —la Ruta 2— y se detuvo allí.

Grainier había visto a gente muerta, pero nunca había visto morir a nadie. No sabía ni qué hacer ni qué decir. Tenía la sensación de que debería marcharse y también de que no debería.

Allí plantado a la sombra de su casa, el señor Pinkham le pidió un favor a Grainier, mientras su mujer esperaba en el jardín bajo una extraña mezcla de nubes y luz del sol, con cara de asombro y, al menos de lejos, joven como una niña y también muy hermosa, o eso le pareció a Grainier.

—¿Se lo puedes llevar a Helmer? —Helmer era quien estaba a cargo del cementerio y a menudo también preparaba los cadáveres para ser enterrados, con la ayuda de Smithson, el barbero—. Vamos a poner al pobre Hank en el carronato. Lo ponemos en el carronato y tú lo llevas hasta allí, ¿de acuerdo? Así yo puedo atender a su abuela. Se le ha ido la cabeza.

Los dos juntos subieron como pudieron el pesado corpachón a bordo del carronato, recurriendo después de mucho forcejeo a usar dos tablones largos. Los apoyaron inclinados sobre la plataforma del carronato e hicieron rodar el cuerpo para arriba y para dentro, para arriba y para dentro, hasta tenerlo echado en el carro. «Oh... oh... oh... oh...», iba exclamando el abuelo con cada empujón que le daban. En cuanto a Grainier, llevaba varios años sin tocar a otra persona, e incluso dejando de lado lo extraño de la situación, la experiencia en sí ya le pareció digna de ser comentada y recordada. Arreó a la pareja de viejas yeguas de Pinkham y estas se llevaron el cadáver del joven Hank Pinkham al cementerio de Helmer.

Tras hacerse cargo del muerto, Helmer también le pidió un favor a Grainier.

—Si me entregas un ataúd en la cárcel de Troy, me recoges un carro de leña en el aserradero de Main y se la llevas a Leona, te pagaré los dos encargos por separado. Dos por el precio de uno. O, mejor dicho —dijo—, un trabajo por el precio de dos, así se tendría que decir, ¿verdad, amigo?

—No me interesa —le dijo Grainier.

—Te daré tres centavos por kilómetro.

—Tendría que pasar por casa de Pinkham y negociar una tarifa con ellos. Para ver algún beneficio tendría que cobrar quince centavos el kilómetro.

—Muy bien, pues. Diez centavos y hay trato.

—Necesitaría un poco más.

—Seis dólares en total.

—Necesito papel y lápiz. No sé echar cuentas sin papel y lápiz.

El pequeño sepulturero le trajo lo que necesitaba, y entre los dos decidieron que seis dólares y medio sería un precio justo.

Grainier se pasó el resto del otoño y hasta un trecho del invierno alquilándoles el tiro y el carromato a los Pinkham, atendiendo a las yeguas en el establo de sus propietarios y haciendo las veces de transportista. La mayoría de sus encargos lo llevaban de este a oeste por la Ruta 2, recorriendo las pequeñas comunidades que no tenían acceso fácil al ferrocarril.

Algunos de los encargos lo llevaban por el valle del Kootenai, y viajar por la margen de aquel río siempre evocaba en su mente la imagen de William Coswell Haley, el trota moribundo. En vez de disiparse, los remordimientos de Grainier por no haberlo ayudado se habían acentuado mucho con el paso de los años. A veces también se acordaba del jornalero chino al que había estado a punto de ayudar a matar. El recuerdo casi le paraba el corazón. Estaba seguro de que el chino se había vengado invocando una maldición que había calcinado a Kate y a Gladys. Le parecía a todas luces un castigo demasiado grande.

Pero el transporte de carga era un trabajo mejor que ninguno que hubiera desempeñado, era la entrada a una especie de espectáculo, a un entretenimiento consistente en las excentricidades y empeños de sus vecinos. Grainier se lo pasaba en grande. Firmó un contrato con los Pinkham para comprarles las yeguas y el carromato a plazos por trescientos dólares.

Para cuando tomó aquella decisión, la región ya había visto casi dos palmos de nieve, pero aun así él siguió dedicándose al transporte un par de semanas más. En el llano no parecía un invierno particularmente duro, pero las colinas estaban completamente heladas, y uno de los últimos encargos de Grainier fue subir por el camino del río Yaak hasta la cantina que había en la aldea de leñadores de Sylvanite, justo debajo de las colinas en las que un buscador de oro solitario se había volado a sí mismo por los aires en su choza mientras intentaba descongelar dinamita con su fogón. Ahora el tipo estaba acostado sobre la barra de la cantina, vivo y coleando, dando sorbos de whisky gratis y elogiando a su perro. Había sido su perro el que lo había salvado yendo a buscar ayuda. El animal se había pasado medio día incordiando tanto a la gente de la cantina que por fin uno de los parroquianos lo había atado, lo había llevado a rastras hasta su casa y allí se había encontrado a su dueño todo lleno de heridas y divagando por culpa de la congelación, en medio de los restos de la choza.

Se contaban muchas historias asombrosas de perros en el corredor septentrional y a lo largo del río Kootenai, historias de rescates, gestas y hazañas de inteligencia supercanina y de raciocinio casi humano. En su último trabajo de aquel año, Grainier aceptó transportar desde Meadow Creek hasta Bonners a un hombre al que le había pegado un tiro su perro.

Grainier conocía de vista al hombre tiroteado por su perro, un prospector de la Spokane International que iba y venía a menudo por la zona, un tal Peterson, originario de Virginia. El jefe

y los camaradas de Peterson podrían haberlo metido en el tren que iba hasta el pueblo a la mañana siguiente si se hubieran esperado, pero tenían miedo de que se les muriera antes, así que Grainier lo llevó en carromato por el valle del Moyea, envuelto en una manta y medio sentado encima de varios sacos de virutas de madera a modo de relleno solo para que estuviera cómodo.

—¿Le parece a usted que necesita algo? —le preguntó Grainier al partir.

A Grainier le pareció que Peterson se había quedado dormido. O algo peor. Pero al cabo de un momento la víctima contestó:

—No. Estoy perfecto.

A principios de mes se había producido un largo deshielo. La nieve de las roderas se había derretido. En el bosque ya asomaba la tierra desnuda. Pero ahora volvía a helar y Grainier confió en no terminar entregando un cadáver muerto de congelación.

Durante los primeros kilómetros no habló mucho con su pasajero, porque Peterson tenía el cráneo abollado y había perdido un ojo en algún percance de infancia, y daba grima mirarlo.

Grainier hizo acopio de valor para echar un vistazo en dirección al hombre, solo para asegurarse de que seguía vivo. A medida que el sol abandonaba el valle, el ojo perdido de Peterson, y después su cara entera, se volvieron invisibles. Si se moría ahora, seguramente Grainier no se enteraría hasta que llegaran a la luz de las farolas de gas que flanqueaban la casa del médico. Después de avanzar durante casi una hora sin conversar, escuchando únicamente el chirrido del carromato y los ruidos del río cercano y los cascotes de las yeguas, se hizo oscuro.

A Grainier no le gustaron las sombras, las siluetas larguiruchas de los abedules ni las nubes que tapaban la media luna amarilla. Todo parecía diseñado para asustar al niño que llevaba dentro.

—Señor, ¿está usted muerto? —le preguntó a Peterson.

—¿Quién, yo? Qué va. Vivo.

—Ah, me estaba preguntando... ¿Cree usted que va a llegar?

—¿Quiere usted decir si me voy a morir?

—Sí, señor —dijo Grainier.

—Pues no. Esta noche no me muero.

—Me alegro.

—Más me alegro yo, creo.

A Grainier le dio la sensación de que ya habían charlado lo bastante como para sacar un tema que le producía curiosidad.

—La señora Stout, la mujer de su jefe, cuenta que le ha disparado a usted su perro.

—Bueno, es una mujer muy honesta. Que yo sepa, por lo menos.

—Sí, yo tengo exactamente la misma impresión de ella —dijo Grainier—, y cuenta que le ha disparado a usted su perro.

Peterson guardó un momento de silencio. A continuación tosió y dijo:

—¿Nota usted que el aire se ha calentado un poquito? ¿Como si el calor de la semana pasada hubiera dado media vuelta y se estuviera planteando volver?

—No me lo parece —dijo Grainier—. Solo se nota el calor que queda del día, como siempre antes de que uno deja atrás este risco.

Siguieron avanzando mientras salía la luna.

—Pero a lo que íbamos —dijo Grainier.

Peterson no contestó. Tal vez no lo hubiera oído.

—¿Es verdad que su perro le ha disparado?

—Pues sí. Mi propio perro me ha disparado con mi arma. ¡Ay! —dijo Peterson, cambiando suavemente de postura—. ¿Podría conducir a las yeguas un poco más despacio por estos baches, amigo?

—No hay problema —dijo Grainier—. Pero debe usted recibir atención médica, o podría pasarle cualquier cosa.

—Pues nada. Eche usted a correr como si esto fuera el Pony Express, venga.

—No entiendo cómo puede un perro disparar un arma.

—Pues lo ha hecho.

—¿Ha usado un rifle?

—Un cañón no era. Una pistola tampoco. Era un rifle.

—Pues me parece muy misterioso, señor Peterson. ¿Cómo ha sucedido?

—Ha sido en defensa propia.

Grainier esperó. Pasó un minuto entero, pero Peterson guardaba silencio.

—Se acabó —dijo Grainier, bastante agitado—. Paro a las yeguas aquí y puede usted continuar a pie, si tiene intención de seguir dándome largas. Lo estoy llevando al pueblo con un agujero en el cuerpo, y solo le pregunto cómo le ha disparado su perro, y usted tiene que comportarse como un inmigrante idiota que no sabe la respuesta.

—¡Muy bien! —dijo Peterson entre risas, y se le escapó un gemido de tanto que le dolía—. Mi perro me ha disparado en defensa propia. Yo iba a dispararle primero a él, por lo que me había contado el indio Bob el Kootenai, pero se escapó de la cuerda. Yo lo tenía atado, para lo que estábamos a punto de hacer. —Peterson tosió y guardó silencio unos segundos—. ¡No estoy dando largas! Solo estoy intentando sobreponerme un poco al dolor.

—Muy bien. Pero ¿por qué tenía usted atado a Bob el Kootenai, y qué tiene que ver Bob el Kootenai con todo esto?

—¡No a Bob el Kootenai! A quien tenía atado era al perro. Bob el Kootenai no estaba para nada en esta situación que estoy contando. Había estado antes.

—Yo me refiero al perro.

—Yo también estoy hablando del perro. Es a él a quien tenía atado. Es él quien se ha escapado de la cuerda, y luego no he conseguido acercarme otra vez a él. El bicho se dedicaba a dar un paso atrás cada vez que yo me acercaba un paso a él. Se ha dado cuenta de que tenía planeado matarlo, por lo que me había dicho de él Bob el Kootenai. Ese perro sabe cosas (por culpa de lo que le pasó, eso es lo que me contó Bob el Kootenai), de pronto ese animal sabe cosas. Así que he agarrado el rifle por el cañón y le he intentado arrear al chucho con la culata, a ver si paraba de faltarme al respeto y de pronto ¡pum! Me he visto sentado en el suelo en un abrir y cerrar de ojos. Luego me he visto tumbado y he visto el cielo alejarse de mí hacia donde no debía. ¡Señor Grainier, me he llevado un disparo! ¡Aquí mismo! —Peterson se señaló las vendas que le rodeaban el pecho y el hombro izquierdo—. ¡Y ha sido mi perro!

Peterson continuó:

—Y estoy convencido de que si me ha disparado es porque estuvo confabulándose con esa chica-lobo. Que no sé si es humana. No tengo ni idea. Se la podría denominar criatura, si es que alguna vez fue creada. Pero es que hay criaturas en este mundo que no ha creado Dios.

—¿Confabulándose?

—Sí, una noche del verano pasado dejé a ese perro en casa porque no paraba de ladrar ni un momento. Quería tenerlo a mi alcance para arrearle bien fuerte con un palo como me volviera a irritar una vez más. Pero a la mañana siguiente se subió por la pared y salió por la ventana, como si fuera un oso trepando por un árbol. Y empezó a ir de un lado a otro por el porche. Y luego empezó a ir de un lado a otro por el jardín, de un lado a otro, hasta que se largó y se metió en el bosque, y entonces me pasé trece días sin verlo. Vale. Vale... Poco después Bob el Kootenai pasó por mi casa. ¿Lo conoces? En realidad se llama «Lince no sé cuántos», «Lince se comió una montaña» o alguno de esos nombres memos que tienen los indios. A veces quiere pedir algo de dinero, o un pellizco de rapé, o un vaso de agua, así que un par de veces por estación se pasa por casa. Y me contó, ya te imaginas el qué. Me contó que habían visto por ahí a la chica-lobo. Yo le enseñé a mi perro y le conté que se había pasado fuera trece días y que había vuelto medio salvaje y casi sin reconocermelo. Bob lo miró a la cara, acercándosele mucho, así, y me dijo: «A este perro lo tiene usted que matar, que me caiga muerto si no tengo razón. Veo la imagen de esa chica en el negro de los ojos de este perro. Este perro ha estado con los lobos, señor Peterson. Sí, más le vale pegarle un tiro a este perro antes de que llegue la luna llena, o hará venir a su casa a esa chica-lobo, y usted será pasto de los lobos, y ella se beberá su sangre como si fuera whisky». ¿Y le parece a usted que yo tuve miedo? Pues sí que lo tuve. «Ella se emborrachará con su sangre y correrá por los caminos hablando con la voz de usted, señor Peterson», me dijo el indio. «Y hablando con su voz irá a las ventanas de todo el mundo a quien usted ha hecho una jugarreta y les contará lo que usted les ha hecho.» Yo ya había oído hablar de la chica. A esa chica-lobo la vieron hace muchos años, liderando a una manada. El primo de Stout vino de visita desde Seattle las navidades pasadas y la vio, y dijo que tenía un pegote de sangre colgando entre las piernas.

—¿Un pegote de sangre? —preguntó Grainier, aterrado hasta la médula.

—No me pregunte usted qué era. Un pegote de sangre, dijo. Pero Bob el Kootenai dijo que había quien creía que era la placenta o alguna parte de una cría de lobo arrancada de su útero. Ya sabes que ellos creen en Jesucristo.

—¿Qué? ¿Quiénes?

—Los kootenai. Creen en Jesucristo, en los ángeles, los demonios y en criaturas que no ha creado Dios, como los medio lobos. Creen en todo lo que oyen que sea raro o tenga brujería o religión. Los kootenai se refieren a los animales como si fueran gente. «Un hombre-coyote», «un hombre-oso», así los llaman.

Grainier contempló la carretera a oscuras que tenían delante, temeroso de ver a la chica-lobo.

—Dios mío —dijo—. No sé de dónde voy a sacar la fuerza para seguir cogiendo este camino de noche.

—¿Y qué cree usted? Yo ya no puedo dormir la noche entera —dijo Peterson.

—Supongo que Dios me dará la fuerza que necesito.

Peterson soltó un resoplido burlón.

—Esa chica-lobo es una criatura que no ha creado Dios. La engendraron los lobos y un hombre con deseos antinaturales. ¿Alguna vez se juntó usted con los amigos y se cepilló a una vaca?

—¿Qué?

—De chico, ¿nunca se subió a un tocón y le hizo el amor a una vaca? En mi pueblo lo hacían

todos. Por allí no es antinatural.

—¿Me está usted diciendo que se puede hacer un bebé con una vaca o con una loba? ¿Usted o yo? ¿Una persona?

A Peterson le salió una voz impregnada de miedo y de pasión.

—Lo que estoy diciendo es que se hace oscuro, sale la luna llena y aparecen criaturas que no ha creado Dios. —Soltó un ruido estrangulado—. ¡Dios! Cómo me duele el agujero cuando toso. Pero me alegro de no tener que intentar dormir toda la noche, esperando a que vengan a por mí la chica-lobo y su manada.

—Pero ¿ha hecho usted lo que le dijo el indio? ¿Le ha pegado un tiro a su perro?

—¡No! Me lo ha pegado él a mí.

—Oh —dijo Grainier.

La confusión y el miedo le habían hecho olvidarse de aquella parte de la historia. Siguió observando los bosques que se extendían a los lados del camino, pero aquella noche no se manifestó ningún engendro de uniones antinaturales.

El rumor siguió circulando una temporada. El sheriff había examinado a los pocos testigos que aseguraban haber visto a la criatura y había dictaminado que eran hombres sinceros y sobrios. A juzgar por sus crónicas, el sheriff estimó que se trataba de una hembra. La gente tenía miedo de que pariera a más cachorros híbridos, a más gente-lobo, a más monstruos, que lógicamente acabarían despertando la lujuria del Diablo en persona y desencadenarían sobre la región toda clase de influencias malignas. Los kootenai, que se sabía que se entregaban a toda clase de prácticas supersticiosas y paganas, caerían completamente bajo el influjo de Satanás. Como la cosa siguiera así, lo único que purgaría aquel valle sería el fuego y la sangre...

Pero aquello no eran más que especulaciones maliciosas de mentes ociosas, y en cuanto llegó la temporada de elecciones, los demonios con estandarte de plata y el robo de tierras del ferrocarril ocuparon toda la atención de la gente, y los misterios de las colinas que rodeaban el valle del Moyea quedaron momentáneamente olvidados.

Menos de cuatro años después de casarse, y ya viudo, Grainier estaba viviendo en su entoldado a la orilla del río, justo debajo del lugar donde había tenido su casa. Dejaba una fogata encendida hasta tan avanzada la noche como podía y a menudo no dormía hasta el amanecer. Tenía miedo de sus sueños. Al principio soñaba con Gladys y Kate. Después solo con Gladys. Por fin, después de un par de meses viviendo en medio de aquel silencio y aquella soledad, ya únicamente soñaba con su fogata, con atenderla igual que la había atendido justo antes de irse a dormir —con la silueta de su mano y el palo chamuscado de pino que usaba como atizador—, y por la mañana le sorprendía encontrarla convertida en ceniza gris y puntas requemadas, puesto que se había pasado la noche entera viéndola arder en sueños.

Al cabo de otros tres años, estaba viviendo en su segunda cabaña, en el mismo sitio exactamente donde había estado la primera. Ahora dormía bien por las noches, y a menudo soñaba con trenes, y sobre todo con un tren en concreto: él iba a bordo; podía oler el humo de carbón; un mundo entero pasaba por las ventanillas. A continuación se veía a sí mismo de pie en aquel mundo mientras se apagaba el ruido del tren. La frágil familiaridad de aquellas escenas le sugería que procedían de su infancia. A veces se despertaba oyendo cómo el ruido del tren de la Spokane International se disipaba por el valle y se daba cuenta de que había estado oyendo aquella locomotora mientras soñaba.

Uno de aquellos sueños lo despertó una noche de diciembre del segundo invierno que pasaba en la cabaña nueva. El tren siguió su camino hacia el norte hasta que él dejó de oírlo. Volver a ser niño en aquel otro mundo lo había aterrado tanto que no consiguió dormirse otra vez. Examinó los recovecos de la cabaña a oscuras. A aquellas alturas ya le había puesto un tejado como era debido, le había abierto ventanas, la había equipado con dos bancos, una mesa y una estufa de barril. Él y la perra de color rojizo seguían durmiendo en un camastro en el suelo, pero en líneas generales ya había construido una casa que no tenía nada que envidiar a la que había tenido con Gladys y Kate. Tal vez fuera su noción de este hecho la que ahora, en la oscuridad posterior a su pesadilla, provocó que lo visitara el espíritu de Gladys. Antes de que el espíritu se manifestara, Grainier se pasó muchos minutos sintiéndolo ir y venir por la casa. Captaba su presencia de forma tan inconfundible como habría sentido la presencia de alguien que le tapara la luz de una ventana, por mucho que tuviera los ojos cerrados.

Le puso la mano encima a la perrilla que tenía tumbada al lado. La perra no ladró ni gruñó,

pero él notó que se le erizaba el pelo del lomo y que se iba poniendo tensa a medida que la aparición empezaba a manifestarse de forma visible en la habitación, al principio solo en forma de luz temblorosa, como el resplandor de una vela macilenta, y luego con figura de mujer. La figura reverberó y su luz se estremeció. A su alrededor temblaban las sombras. Y por fin se convirtió en Gladys —inconfundiblemente—, una Gladys temblorosa y falsa, como la figura de una película.

Gladys no habló, pero sí que le transmitió lo que sentía: dolor por su hija, a la que no encontraba. Sin su bebé no podía irse a dormir con Jesucristo ni descansar en el regazo de Abraham. Su hija no había pasado al mundo de los espíritus, sino que seguía allí, en el mundo de los vivos, una criatura sola en el bosque en llamas. Es que el bosque ya no está en llamas, le dijo él. Pero Gladys no lo oía. Estaba volviendo a vivir sus últimos momentos ante los ojos de su marido: el bosque estaba en llamas y ella solo tenía un momento para recoger un puñado de cosas y a su bebé y salir corriendo de la cabaña, con el incendio humeando colina abajo. De todas las cosas que llevaba encima, cada vez había menos que le parecieran importantes, de manera que fue tirando ropa y objetos de valor a medida que el calor la empujaba hacia el río. Al llegar al borde del risco ya solo llevaba su Biblia y su caja roja de bombones, las dos sujetas con el codo contra el cuerpo, y al bebé abrazado contra el pecho con ambas manos. Se agachó y dejó en el suelo los bombones y el grueso libro mientras se ataba a la niña por dentro del delantal, para volver a recogerlos al cabo de un momento. Como necesitaba una mano para mantener el equilibrio sobre las rocas del risco mientras descendía, tiró la Biblia en lugar de los bombones. Aquel desvelamiento de su indiferencia hacia Dios, el Padre de Todas las Cosas, fue su perdición. A seis metros del agua pisó una piedra suelta y al cabo de una fracción de segundo ya se había roto la espalda contra las rocas de más abajo. Dejó de sentir y de poder mover las piernas. Lo único que pudo hacer fue deshacer el nudo que tenía atado sobre el corpiño para que la criatura pudiera salir gateando y se pusiera a salvo, aunque fuera de forma momentánea, en la orilla. El agua acarició a Gladys hasta que, a base de aquellos mismos movimientos suaves, o eso pareció, consiguió moverla del sitio y se la llevó, y así fue como se ahogó. La criatura se dedicó a recoger uno por uno los bombones desperdigados por los remansos de la corriente y entre las rocas. Píceas de veinticinco metros que se elevaban sobre las aguas se quemaron hasta la raíz y se desplomaron sobre la garganta, con los ramos de agujas verdes inflamados y dejando rastros de humo que parecían guirnaldas de fuegos artificiales, y las copas en llamas susurrando al impactar contra el río. Gladys se alejó flotando de todo aquello, ya no bajo el agua sino suspendida en lo alto, contemplando todo lo que había en el mundo. El musgo de las tejas de su casa se arrugó y empezó a humear un poco. Los troncos de las paredes se tensaron y crepitaron como cartuchos de calibre grande al dispararse. En la mesa de la cocina una revista se arrugó, se oscureció, prendió fuego, se elevó trazando una espiral y se alejó volando página a página, ardiendo y describiendo círculos. La única ventana de cristal de la cabaña se hizo añicos, las cortinas empezaron a ennegrecerse por las costuras y se derritió la cera de los frascos de tomates, de alubias y de cerezas del Canadá que había en el estante de encima del fregadero humeante de la cocina. De pronto todas las lámparas de la cabaña se encendieron. En la mesa estalló un salero de tapa metálica y finalmente la estructura entera se inflamó como si fuera el fósforo de una cerilla.

Gladys había visto todo aquello, y así se lo hizo saber ahora. La muerte le había arrebatado su futuro y la vida le había arrebatado a su hija. Kate había escapado del incendio.

¿Escapado? Grainier no entendía aquella noticia. ¿Acaso alguna familia de las que vivían río abajo había rescatado a su bebé?

—Pero no entiendo cómo la podrían haber rescatado sin que se enterara nadie. Un hallazgo tan extraño y afortunado habría hecho las delicias de la prensa, igual que la historia de lo que le pasó a Moisés hizo las delicias de la Biblia.

Estaba hablando en voz alta. Pero ¿dónde se había metido Gladys? Él ya no sentía su presencia. La cabaña estaba a oscuras. La perra ya no temblaba.

Después de aquello Grainier vivió en la cabaña también en invierno. La mayoría de los años, por enero, cuando más alta era la capa de nieve, el valle parecía paralizado en un silencio perpetuo, aunque la realidad era que a menudo se llenaba del retumbar de los trenes y de los coros lejanos de lobos y del farfullar enloquecido y más próximo de los coyotes. También de los aullidos de Grainier, que había adoptado igual que otra gente practica un deporte.

El espíritu de su difunta mujer no se le volvió a aparecer nunca más. A veces soñaba con ella, y también con las poderosas llamas que se la habían llevado. A menudo se despertaba en medio de aquel sueño estruendoso para encontrarse a sí mismo rodeado del retumbar del tren de la Spokane International que subía de noche por el valle.

Pero no era un simple soltero excéntrico que vivía en el bosque y aullaba junto con los lobos. Gracias a sus propias luces, Grainier había hecho algo en la vida. Tenía una empresa de transporte.

Se alegraba de no haberse casado otra vez. Seguramente no le habría resultado fácil encontrar mujer, aunque tal vez alguna viuda kootenai se habría mostrado dispuesta. El hecho de haber adquirido media hectárea de tierra y una casa se lo debía a Gladys. Si se había sentido capaz de asumir las responsabilidades que conllevaban un tiro de caballos y un carromato, era porque Gladys se había quedado en su corazón y en sus pensamientos.

En invierno albergaba a las yeguas en el pueblo, dos ancianas bestias de carga que compartían forma y situación con él, pero hábiles con el carromato, y con fuerza de sobra. A fin de pagarse el tiro de caballos trabajó un último verano en los bosques de Washington, y se alegró mucho de que fuera el último. A principios de la temporada una rama silvestre le había desencajado la mandíbula, y nadie se la había vuelto a encajar correctamente por el lado izquierdo. Ahora le dolía masticar la comida, lo cual acabó siendo un factor crucial en lo flaco que ya era de por sí. Le habían quedado las articulaciones hechas polvo. Si estiraba el brazo hacia atrás según cómo, el hombro derecho se le quedaba trabado y más muerto que una puerta de sótano, hasta que alguien se lo destrababa apoyándole un pie en las costillas y dándole un tirón del brazo.

—Hay que tirar bien fuerte —le explicaba él a quien fuera que lo estuviera ayudando, cerrando los ojos y adentrándose en las tinieblas del tormento óseo—. Más todavía, más fuerte, hay que tirar muchísimo, más, más, hay que tirar...

Hasta que la enorme articulación se destrababa con un ruido a medio camino entre un

chasquido y el ruido de tragar saliva. La rodilla derecha le empezó a bailar cada vez más de lado a lado; empezó a ser peligroso confiarle llevar una carga a medias.

—Estoy demasiado descoyuntado para aceptar paga —le dijo un día a su jefe.

Y dejó de trabajar, limitándose a partir de entonces a desmontar viejas barracas de trabajadores y a reciclar las mejores maderas que encontraba. Tras finalizar aquella tarea se volvió para Bonners Ferry. Su vida de leñador había terminado.

Cogió el tren de la Great Northern hasta Spokane. Con casi quinientos dólares en el bolsillo, más que suficientes para pagar su tiro de caballos y el carromato, se registró en una habitación del hotel Riverside y fue a visitar la feria del condado, una distracción que no le duró más que media hora, porque la primera decisión que tomó nada más llegar a la feria resultó ser errónea.

En mitad de un campo, dos hombres de Alberta habían aparcado una avioneta y estaban ofreciendo a la gente la posibilidad de dar una vuelta por el cielo, a cuatro dólares el pasajero; un precio bastante alto, y que no muchos aceptaron. Pero Grainier tenía que intentarlo. El joven piloto —que era un chaval, debía de tener veinte años como mucho, un chaval rubio que llevaba un sobretodo marrón con botones metálicos en la parte delantera— le dio unas gafas protectoras para que se las pusiera y lo animó a que subiera a bordo.

—Suba, suba. Ponga el trasero en algún lado —le dijo el chaval.

Grainier se sentó en un banco que había detrás del asiento del piloto. No estaba ni a dos metros del suelo y ya le parecía que estaba muy alto. Las dos alas que había a cada lado parecían fabricadas de un material tremendamente frágil. ¿Cómo volaba aquel aparato, si las alas permanecían quietas? Pues generando su propia ventisca, obviamente, removiendo el aire con la hélice, que ahora el otro tipo de Alberta, el adusto padre del chico, hizo girar con las manos para que arrancara a dar vueltas.

Grainier solo fue consciente de sentir un asombro enorme antes de encontrarse en las alturas, aunque su estómago estaba en otra parte. Y no llegó a reunirse con él. Bajó la vista para contemplar la feria, como si la estuviera viendo desde una nube. La superficie de la tierra giró de lado y él perdió toda noción de lo que era arriba y lo que era abajo. El aparato se enderezó e inició una subida lenta y traqueteante, trazando una curva ascendente como si fuera un carromato rodeando una montaña. Salvo por el nudo que se le había hecho en la tripa, Grainier tuvo la impresión de que podría acostumbrarse a aquello. En aquel momento el piloto se giró para mirarlo, con pinta de mapache por culpa del gorro y las gafas protectoras, se puso a gritarle y a enseñarle los dientes y por fin volvió a mirar al frente. La avioneta empezó a bajar en picado como si fuera un halcón, cada vez más abruptamente, con el motor casi en silencio, y Grainier notó que los órganos le presionaban contra el espinazo. Vio una noche de verano con su mujer y su hija mientras bebían zarzaparrilla Hood's en su diminuta cabaña, luego vio otra cabaña que jamás había recordado antes, los lugares de su infancia oculta, un gigantesco campo de trigo dorado, el calor reverberando sobre una carretera, unos brazos que lo rodeaban y una voz de mujer que canturreaba, y todos los misterios de aquella vida recibieron respuesta. A continuación el mundo presente se volvió a materializar ante sus ojos mientras el motor rugía y la avioneta repuntaba, trazaba un círculo en torno a la feria y regresaba al suelo, aterrizando tan de golpe que a Grainier estuvo a punto de salirse la garganta por la boca.

El joven piloto lo ayudó a bajarse del aparato. Grainier pasó por encima de la baranda y bajó deslizándose por el cuerpo del fuselaje. Intentó recuperar el equilibrio apoyando una mano en el

ala, pero tampoco el ala estaba muy estable.

—¿Qué diantres me estaba usted gritando? —dijo.

—Le estaba diciendo: «¡Bajamos en barrena!».

Grainier le estrechó la mano al tipo, le dijo «Muchas gracias» y se marchó del campo.

Se pasó la tarde sentado en el enorme porche delantero del hotel Riverside, hasta que encontró una excusa para regresar al norte. Y esa excusa no fue otra que Eddie Sauer, a quien conocía desde que ambos eran niños en Bonners Ferry; Eddie acababa de perder todo el salario del verano en locales libidinosos y ahora le contó que había decidido volver a casa andando a modo de expiación.

—Me asaltó una puta —dijo Eddie.

—¿Te asaltó! ¡Yo pensaba que eso quería decir que te mató!

—No, no quiere decir que me matara ni nada parecido. No estoy muerto. Aunque me gustaría estarlo.

A Grainier le parecía que Eddie y él debían de tener la misma edad, pero la vida disipada le había puesto unos cuantos años de más a Eddie. Tenía las patillas blancas y los labios arrugados sobre unas encías que seguramente ya casi no debían de tener dientes. Grainier pagó el pasaje de ambos y juntos cogieron el tren hasta Meadow Creek, donde Eddie intentaría encontrar trabajo en alguna cuadrilla de jornaleros.

Después de un mes de poner vías y travesaños con una cuadrilla de Meadow Creek, Eddie le ofreció a Grainier veinticinco dólares por ayudar en la mudanza de Claire Thompson, a quien se le había muerto el marido el verano anterior, desde Noxon, Montana, hasta Sandpoint, Idaho. Claire no pagaría nada. No resultaba difícil deducir la motivación que tenía Eddie para ayudar a la viuda, aunque él no la declarara.

—Iremos por la Ruta 200 —le dijo a Grainier, como si hubiera alguna otra.

Grainier cogió sus yeguas y su carromato. Eddie tenía el Ford Modelo T del marido de su hermana. Su cuñado le había sacado el asiento trasero para dejar una plataforma de carga que se tenía que llenar con cautela para no volcar el vehículo entero. Grainier se reunió con Eddie a primera hora de la mañana en Troy, Montana, y puso rumbo al este por el camino de Bull Lake, que los llevaría en dirección sur hasta Noxon. Grainier iba casi un kilómetro por delante porque a sus caballos no les gustaba el automóvil y tampoco parecía que les cayera bien Eddie.

Un alemán bajito llamado Heinz tenía una gasolinera para automóviles en la colina que había al este de Troy, pero tampoco a él le caía bien Eddie, y se negó a venderle gasolina. Grainier no fue consciente de aquel problema hasta que Eddie se le vino encima con el motor rugiendo y haciendo sonar estrepitosamente la bocina, y a punto estuvo de hacer entrar en estampida a las yeguas.

—Escucha, estas mozas han visto toda clase de escándalos —le dijo a Eddie después de que pararan en el arcén del camino polvoriento y Grainier caminara hasta el Ford—. Están acostumbradas a todo, pero no les gustan las bocinas. No hagas resonar ese chisme cerca de mis yeguas.

—Vas a tener que volver atrás con el carromato y comprar dos o tres bidones de gasolina —dijo Eddie—. Ese viejo teutón cabeza cuadrada ni siquiera me habla.

—¿Qué le has hecho?

—¡Yo no le he hecho nada! ¡Lo juro! Simplemente el tipo elige a unas cuantas personas a

quienes odiar y a mí me ha tocado estar en la lista.

El viejo también tenía un Ford T aparcado delante de su negocio. Le había levantado la cubierta del motor y estaba medio hundido en sus entrañas, o eso le pareció a Grainier, que nunca había tenido mucha relación con aquellas máquinas explosivas. Grainier le preguntó:

—¿De verdad sabe usted cómo funciona ese motor por dentro?

—Lo sé todo —espetó Heinz, echando humo casi como si él también fuera un automóvil, y añadió—: ¡Soy Dios!

Grainier intentó pensar en una respuesta. Parecía imposible seguir aquella conversación por ningún lado.

—Entonces debe de saber usted también lo que estoy a punto de decirle.

—Quiere usted gasolina para su amigo. Ese tipo es el Diablo. ¿Cree usted que yo le vendería gasolina al Diablo?

—Soy yo quien se la compra. Necesitaré cincuenta litros, y los bidones para llevarla.

—Pues ya me puede ir dando cinco dólares.

—No pienso hacerlo.

—Es usted un buen hombre —dijo el alemán. Era bastante bajito. Arrastró hasta allí un cajón bajo para ponerse de pie sobre él y así poder mirar a Grainier a los ojos—. Muy bien. Cuatro dólares.

—No te pierdes nada por que te odie ese tipo —le dijo Grainier a Eddie después de parar el carro junto al Ford, con la gasolina dentro de tres latas de combustible del ejército de color verde oliva.

—Me odia porque su hija hacía de puta en la barbería de Troy —le contó Eddie—, y yo era uno de sus clientes más felices. Ahora lleva una vida respetable en Seattle —añadió—. ¿Por qué su padre me guarda rencor, entonces?

Acamparon para pasar la noche en el bosque que había al norte de Noxon. Grainier se quedó durmiendo hasta tarde, cómodamente estirado en su carromato vacío, hasta que Eddie lo despertó con los chillidos de la bocina de su Ford T. Eddie venía de bañarse en el manantial. Iba sin sombrero por primera vez desde que Grainier lo conocía. Tenía el pelo despeinado y mayormente canoso, con algo de rubio. Se había afeitado y se había aplicado emplasto en varios cortes. No llevaba cuello en la camisa, pero sí que se había puesto una corbata roja y blanca que le colgaba casi hasta la entrepierna. Llevaba la misma camisa vieja comprada en el mercadillo del sábado o en la liquidación de la iglesia luterana, pero se había sacado brillo a las feas botas de trabajo y llevaba unos pantalones negros y limpios tan almidonados que parecían afectar a su modo de andar. Aquella atención repentina a un terreno tan abandonado constituía un trastorno del orden natural, casi como si el mismísimo Todopoderoso hubiera recibido un golpe en la cabeza, y Eddie era consciente de ello. Hacía gala de una histeria fría y contenida.

—Terrence Naples le ha hecho un pase a la viuda —le contó a Grainier, en posición de firmes por culpa de los pantalones almidonados y hablando de forma extraña para no deshacerse los emplastos que tenía en las heridas de la cara—. Pero yo le he dicho al viejo Terrence que esa señora es para mí, o si no me voy a dedicar a molerlo vivo a mamporros veinticuatro horas al día. Como lo oyes, le he tenido que amenazar. Pero no estoy yendo de farol. Lo atizaré hasta que le revienten las entrañas. Soy demasiado horroroso para las jóvenes, y ella es mi única candidata. A menos que me haga con una moza kootenai o emigre a Spokane, o bien me arrastre hasta Wallace.

—Wallace, Idaho, era famoso por sus burdeles y sus putas, algunas de las cuales se podían llevar a vivir con uno a casa cuando se retiraban del oficio—. Y a la vieja Claire la conocí yo primero, antes que Terrence —dijo—. Sí, de adolescente tuve una breve y lamentable etapa religiosa y estuve dando las clases de catequesis para los niños, y ella era una de aquellos niños. O bueno, me lo parece. Creo que la recuerdo allí.

Grainier había conocido a Claire Thompson cuando era Claire Shook, que iba unos cuantos años por detrás de él en la escuela de Bonners Ferry. De jovencita había sido muy elegante, y su aspecto no se había resentido en absoluto de unos cuantos kilos de más ni del pelo canoso. Claire había hecho de enfermera en Europa durante la Gran Guerra. Se había casado bastante mayor y había enviudado al cabo de pocos años. Ahora se acababa de vender la casa y quería alquilar otra en Sandpoint, junto a la carretera que recorría de arriba abajo todo el corredor septentrional de Idaho.

El pueblo de Noxon estaba en la margen sur del río Clark Fork, y la casa de la viuda en la norte, de manera que no tuvieron ocasión ni de parar un momento en la tienda para comprar un refresco, sino que aparcaron en el jardín de Claire, vaciaron la casa y cargaron en el carromato tantas de sus posesiones terrenales como los caballos pudieran arrastrar, principalmente pesados baúles cerrados con llave, herramientas y utensilios de cocina; el resto lo amontonaron a bordo del Ford T, levantando un montón tan alto que apenas se podía tocar la cúspide con una azada, y en lo alto del todo iban dos colchones, dos niños y un perrito. Para cuando Grainier los vio, los niños ya estaban demasiado por encima de él como para distinguir su edad o sexo. El trabajo se hizo deprisa. A mediodía Claire les dio té helado y bocadillos de venado con queso, y a la una en punto ya estaban en la carretera. La viuda iba sentada al frente, al lado de Eddie y entrelazando el brazo con él, con la cabeza cubierta por un pañuelo blanco y un vestido negro que debía de haber comprado hacía un año para el luto, riendo y conversando mientras su acompañante intentaba conducir el coche con una sola mano. Aunque Grainier les había dado bastante ventaja, no paraba de alcanzarlos en la cúspide de cada cuesta, cada vez que el automóvil forzaba la máquina al máximo y se ponía a hervir y Eddie le tenía que dar agua de unos bidones de cuatro litros que los niños —los dos chicos, parecía— iban a llenar al río. La caravana avanzaba con suficiente lentitud como para que el cachorrillo de los niños pudiera saltar de su posición elevada en lo alto del cargamento para perseguir ardillas y meter el hocico en sus madrigueras y a continuación trepar por el terraplén de la carretera hasta un punto alto y volver a saltar entre los niños, que iban sentados sin sitio ni para mover los brazos, con los pies colgando por delante y agarrados a las cuerdas que tenían a los lados.

Al cabo de unas horas pararon en casa de un vecino para recoger un artículo más, una escopeta de cañón doble que el marido de Claire Thompson había dejado como garantía de un préstamo. Al parecer, Thompson no había devuelto el préstamo, pero por deferencia a su muerte la mujer del vecino había convencido a su marido de que devolviera aquella escopeta del calibre 12. De todo esto Grainier se enteró después de hacer parar a las yeguas a un lado del camino, donde las bestias tuvieron ocasión de mordisquear la hierba y beber del cajón de canalización del vecino.

Aunque Grainier estaba muy cerca de ellos, Eddie eligió aquel momento para sincerarse con la viuda. Ella estaba sentada a su lado en el automóvil, sacudiéndose el polvo gris del pañuelo de la cabeza y limpiándose la cara.

—Quería decirle... —empezó Eddie, pero debió de tener la sensación de que aquel principio

no servía.

Abrió la portezuela bastante de golpe, salió con torpeza, tan nervioso como si el automóvil se estuviera hundiendo en una ciénaga, y fue corriendo al lado del pasajero para plantarse ante la viuda.

—El difunto señor Thompson era buen tipo —le dijo. Se pasó un momento tenso cogiendo fuelle y por fin continuó—: El difunto señor Thompson era buen tipo. Sí.

—¿Sí? —dijo Claire.

—Sí. Todos los que lo conocieron me cuentan que era un tipo excelente y también un... tipo de lo más excelente, se podría decir. Eso cuentan. Quienes lo conocieron.

—¿Y lo conoció usted, señor Sauer?

—Pues la verdad es que no. No. Me hizo una jugarreta una vez... Pero era buen tipo, le estaba diciendo.

—¿Una jugarreta, señor Sauer?

—Sí, pasó con el carromato por encima de la cabra que yo tenía atada a una estaca y le rompió el cuello. Era un hijo de puta que prefería robar a trabajar, ¿verdad? Pero ¡bueno, a lo que iba! ¿Quiere usted casarse?

—¿Casarme con quién?

Eddie no consiguió componer una respuesta. Mientras lo intentaba, Claire abrió la portezuela y lo apartó de un empujón para salir. Le dio la espalda y se quedó allí plantada, mirando pensativamente las yeguas de Grainier.

Eddie se acercó a Grainier y le dijo:

—¿Con quién se cree que le estoy diciendo? ¡Conmigo, narices!

Grainier solo pudo encogerse de hombros, reírse y negar con la cabeza.

Eddie se detuvo a un metro por detrás de la viuda y habló dirigiéndose a su espalda:

—¿Cuando le he dicho lo de casarse, y usted me ha preguntado con quién, yo me refería a casarse conmigo!

Ella se dio la vuelta, cogió a Eddie del brazo y lo llevó de vuelta al Ford.

—Creo que no —le dijo—. No es usted mi tipo.

Y ya no pareció enfadada.

Cuando reanudaron el viaje, ella iba sentada junto a Grainier en su carromato. Grainier estaba incómodo porque no quería estar demasiado cerca de la nariz de una mujer sensible como Claire Shook, ahora Claire Thompson: su ropa apeataba. Quería disculparse por ello, pero no fue capaz. La viuda guardaba silencio. Él se sintió obligado a conversar.

—Pues bueno —dijo.

—Pues bueno ¿qué?

—Pues bueno —dijo—. Ya conoce usted a Eddie.

—No, no conozco a Eddie —dijo ella.

—Supongo que no —dijo él.

—En la civilización, las viudas no pueden elegir con quién se casan. Hay demasiadas sin marido. Pero aquí en la frontera estamos muy cotizadas. Podemos elegir a quien queramos, aunque no es ninguna ganga. El problema es que los hombres envejecen muy pronto. ¿Va usted a casarse otra vez?

—No —dijo él.

—No. No quiere usted tener más trabajo del que ya tiene, ¿verdad?

—Pues no.

—Bueno pues, no se volverá usted a casar nunca.

—Ya estuve casado —dijo él, sintiendo casi la obligación de defenderse—, y estoy más que satisfecho con lo que me ha quedado. —Ciertamente tenía la sensación de estar defendiéndose. Pero ¿por qué tenía que hacerlo? ¿Por qué venía aquella mujer blandiendo ante él el tema del matrimonio como si fuera un palo?—. Si anda usted buscando marido —le dijo—, no se me ocurre equivocación más grande que acercarse a mí.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo ella. Mostrarse de acuerdo no pareció ponerla especialmente contenta ni triste—. Solo quería ver si la impresión que tiene usted de sí mismo coincidía con la que tengo yo, Robert.

—Pues bueno.

—Dios necesita al ermitaño del bosque tanto como necesita al hombre del púlpito. ¿No lo ha pensado usted nunca?

—Yo no me considero un ermitaño —replicó Grainier, pero cuando concluía la jornada, se puso a preguntarse a sí mismo: ¿Acaso soy un ermitaño? ¿Acaso ser ermitaño es esto?

Eddie se hizo amigo de una mujer kootenai que llevaba el pelo recogido como una vampiresa de película y los labios pintados de rojo de cualquier manera. La primera vez que Grainier los vio juntos no pudo calcularle la edad a la mujer, pero tenía la piel marrón y arrugada. De alguna parte había sacado unas gafas de cristales hexagonales y tintados de un azul tan intenso que no se le veían los ojos, y no estaba nada claro que pudiera ver nada de nada, salvo en los lugares más luminosos. Debía de ser fácil tratar con ella porque no hablaba nunca. Sin embargo, cada vez que Eddie se ponía a hablar, ella no cesaba de murmurar para sí misma, suspirar y gruñir, y hasta silbar por lo bajo y desafinando. De haber sido blanca, Grainier la habría considerado loca.

—Lo más seguro es que ni siquiera hable inglés —dijo en voz alta, y se dio cuenta de que no había nadie presente.

Estaba completamente solo en su cabaña del bosque, hablando solo y sobresaltado por su propia voz. Hasta su perra se había largado a alguna parte y no había vuelto a pasar la noche con él. Se quedó mirando cómo el fuego parpadeaba en las ranuras de la estufa y el telón movedizo de oscuridad total que lo rodeaba.

Hasta en sus últimos años, cuando la artritis y el reumatismo hacían que las tareas cotidianas más sencillas le resultaran a veces casi imposibles y un par de semanas de invierno en la cabaña habrían bastado para acabar con él, Grainier seguía pasando todos los veranos y otoños en su recóndito hogar.

A aquellas alturas ya no lo inquietaba darse cuenta de que el valle no acabaría recuperando gradualmente su estado anterior al gran incendio. Aunque las señales de la destrucción seguían borrándose, ahora era un lugar muy cambiado, poblado por plantas distintas y por consiguiente por animales distintos. Las hermosas píceas habían desaparecido. Ahora había casi exclusivamente pinos de Banks, que solían crecer desaliñados y raquíticos. Cada vez oía menos a los lobos y cada vez los oía más lejos. Los coyotes empezaron a abundar y los conejos a escasear más y más. Había largos tramos del río Moyea afectados por el fuego que se habían quedado sin truchas.

Tal vez un par de personas se preguntaran qué lo llevaba de vuelta a aquel lugar perdido, pero Grainier nunca se molestó en contarlo. La verdad era que había hecho el juramento de quedarse, y lo había hecho como resultado de algo asombroso que había sucedido diez años después de que se quemara la región.

Sucedió durante los dos o tres días posteriores a que Bob el Kootenai muriera bajo las ruedas de un tren, mientras su tribu seguía recorriendo las vías en busca de sus pedacitos. Durante aquellos tres o cuatro fríos anocheceres, el tren de la Great Northern se dedicó a emitir largas salvas con el silbato, que resonaban desde el cruce de Meadow Creek hasta bien lejos al norte, y a cruzar la zona muy despacio, siguiendo órdenes de la dirección, que quería darle a la tribu kootenai la oportunidad de recoger lo que pudieran de su hermano sin causar más trastorno.

Corría mediados de noviembre, pero todavía no había nevado. La luna salía alrededor de la medianoche y se quedaba suspendida por encima del monte Queen hasta las diez de la mañana. Los días eran breves y luminosos y las noches despejadas y frías. Y sin embargo, las noches estaban llenas de una histeria escandalosa.

Aquellas noches, el silbato ponía en pie de guerra primero a los coyotes y después a los lobos. Su compañera, la perra de pelo rojizo, también estaba allí fuera: Grainier llevaba días sin verla. Por fin, la noche en que llegó la luna llena dio la impresión de que el coro era más numeroso que nunca. Más enloquecido. Y más lastimero.

Los lobos y coyotes se pasaron la noche entera aullando sin descanso, centenares de ellos a

juzgar por el ruido, más de los que Grainier había oído nunca, y también parecía haber entre ellos otras criaturas, búhos, águilas —él no sabía exactamente qué—, hasta el último animal provisto de voz de los picos y las montañas que dominaban el valle del Moyea, como si nada pudiera tranquilizar a ninguna bestia de Dios. Grainier no se atrevía a dormir, le daba la impresión de que aquello era alguna clase de enorme anuncio, tal vez las alarmas del fin del mundo.

Echó leña a la estufa y se plantó a medio vestir en la puerta de la cabaña para contemplar el cielo. Era una noche sin nubes, y reinaba una luna blanca y ardiente que borraba las estrellas y convertía las montañas en siluetas grises. Parecía haber una manada aullando muy cerca, que además se iba acercando más, quizá ladrando mientras corrían. Y de repente las bestias invadieron el claro y sus alrededores, una multitud de siluetas y sombras, vociferando, y varias pasaron rozándolo, tocando su cuerpo plantado en la puerta, y él llegó a oír cómo sus pezuñas almohadilladas batían el suelo de tierra. Antes de que su mente pudiera decir «Tengo el jardín lleno de lobos», ya se habían marchado. Todos salvo una. Todos salvo la chica-lobo.

Grainier tuvo la sensación de que se iba a desmayar. Se agarró a la jamba de la puerta para no desplomarse. La criatura estaba inmóvil y parecía herida. Su figura general le comunicó a Grainier que se trataba de una persona, concretamente de una niña. Estaba tumbada de costado y jadeando, una criatura claramente humana, con la estructura delicada de una niña pero con los brazos y piernas encogidos, o eso le pareció a él ahora que por fin pudo concentrarse en aquella forma oscura bajo la luz de la luna. Con cada movimiento de sus pulmones le salía un silbido, un quejido como de cachorro asustado.

Grainier se giró temblorosamente y fue a la mesa en busca de... no sabía qué. No tenía escopeta en la casa. Tal vez un palo para golpear a aquella cosa en la cabeza. Buscó a tientas entre el desorden de la mesa hasta encontrar las cerillas, encendió un quinqué y encontró el arma que buscaba. A continuación volvió a salir con su ropa interior de cuerpo entero, descalzo, levantando el fanal por encima de la cabeza y sosteniendo el garrote con el brazo extendido hacia delante, atribulado y nervioso por su propia sombra, tan enorme que llenaba el claro entero a su espalda. La hierba muerta se había cubierto de escarcha, que ahora le chirriaba bajo los pies. Si no fuera por aquel ruido habría tenido la impresión de que se había quedado sordo, de tan completo que era el silencio circundante. Todos los ruidos de la noche se habían interrumpido. El valle entero parecía reflejar el shock de Grainier. Solo oía sus propios pasos y los lamentos jadeantes de la chica-lobo.

Los gimoteos de ella se detuvieron al acercársele él, con mucha cautela para no aterrarla ni a ella ni a sí mismo. La chica-lobo esperó, llena de terror animal y completamente inmóvil, sin mover nada más que los ojos, siguiendo con la vista todos los movimientos de él pero sin mirarlo a los ojos, con la nubecilla de vapor de su aliento flotándole frente a los orificios nasales.

Los ojos de la chica emitieron un destello verde bajo la luz del fanal, igual que los de un lobo. Tenía cara de lobo pero sin pelo.

—¿Kate? —le dijo él—. ¿Eres tú?

Pero estaba claro que lo era.

No había nada en ella que se lo indicara. Simplemente lo sabía. Era su hija.

Ella permaneció petrificada mientras Grainier se le acercaba todavía más. Él confiaba en que se manifestara alguna clase de reconocimiento que le demostrara que la chica era Kate. Pero los ojos de ella se limitaron a mirar llenos de terror, como los de un lobo. Aun así, era Kate, pero ya

no lo era. Ya-no-Kate estaba tumbada de costado, con la pierna izquierda arqueada, con el hueso partido y ensangrentado asomando por debajo de la rodilla; una pobre niña agotada de gatear sobre tres patas y de haber arrastrado la pierna hecha trizas. En ocasiones Grainier se había preguntado por el pelo de la pequeña Kate, por cómo habría sido su pelo de haber sobrevivido. Pero ella se lo había arrancado prácticamente todo. Solo le crecía aquí y allá.

Él se acercó hasta poder tocarla. Ya-no-Kate gruñó, ladró y hasta lanzó alguna dentellada a su padre mientras este se inclinaba sobre ella, a continuación se le pusieron los ojos vidriosos y se apagó hasta tal punto que Grainier pensó que había fallecido al acercársele. Pero estaba viva, y mirándolo.

—Kate. Kate. ¿Qué te ha pasado?

Dejó el fanal y el garrote en el suelo, le pasó los brazos por debajo y la levantó. La respiración de ella era rápida, débil y poco profunda. La chica le gimoteó una vez al oído y dio una dentellada al aire, pero no presentó más resistencia. Él se dio la vuelta llevándola en brazos y puso rumbo a la cabaña, alejándose ahora de la luz del quinqué y adentrándose así en su propia sombra monstruosa, que ahora envolvía su casa y se iba encogiéndose mágicamente al acercarse él. Una vez dentro, la dejó sobre el camastro que tenía en el suelo.

—Voy a buscar la lámpara —le dijo.

Cuando volvió a entrar en la cabaña, su hija seguía allí. Él dejó la lámpara en la mesa, donde pudiera ver lo que estaba haciendo, y preparó las cosas para entablillar la pierna rota con palos, cortando la parte superior de su ropa interior de cuerpo entero por la cintura, sacándosela por la cabeza y haciendo tiras con ella. Nada más agarrarle a la criatura el tobillo con una mano y ponerle la otra en el muslo para estirar, ella soltó un suspiro terrible y la respiración se le ralentizó. Se había desmayado. Él le puso la pierna todo lo recta que pudo y, suponiendo que ahora podía tomarse las cosas con calma, talló un trozo de madera para que abrazara la espinilla. Acercó un banco al camastro y se sentó, apoyándose el pie de ella sobre la rodilla mientras le aplicaba la tablilla y la ataba.

—No soy médico —le dijo—. Solo soy la persona que está aquí.

Abrió la ventana del otro lado de la habitación para que ella tuviera aire.

La chica se quedó allí durmiendo, medio muerta de agotamiento. Grainier se la quedó mirando mucho rato. Era igual de correosa que un viejo. Tenía las manos todas agarrotadas, con unas muñecas que por fuera eran muñones callosos, y unos pies deformes, tan duros y rugosos como nudos de madera. ¿Qué había en su cara que resultaba tan lobuno, tan animal, hasta cuando dormía? Él no lo sabía. Simplemente su cara parecía no tener vida dentro cuando los ojos estaban cerrados. Como si la criatura no tuviera más pensamientos que aquello que veía.

Él empujó el banco contra la pared, se reclinó hacia atrás y se quedó adormilado. Un tren que pasó por el valle no lo despertó, sino que se limitó a entrar en su sueño. Más tarde, cerca del alba, un ruido mucho más tenue lo sacó de su letargo. La chica-lobo se había despertado. Y se estaba marchando.

Salió de un salto por la ventana.

Él se quedó en la ventana, mirándola bajo el resplandor del amanecer, gateando y deteniéndose para retorcerse de lado y tratar de darles dentelladas a las ataduras que llevaba en la pierna, igual que haría cualquier perro o lobo. Iba bastante despacio y seguía el sendero que llevaba al río. Él quiso seguir su rastro y traerla de vuelta, pero nunca lo hizo.

Durante el verano caluroso y sin lluvias de 1935, Grainier experimentó una breve temporada de lujuria sensual más intensa que ninguna que hubiera experimentado de joven.

En mitad de agosto pareció que la sequía de las últimas seis semanas estaba a punto de interrumpirse; se amasaron nubarrones de tormenta sobre todo el corredor septentrional y retuvieron el calor bajo su vientre mientras la atmósfera se humedecía y se preparaba; pero siguió sin llover. Grainier se sentía hecho de plomo, pesado y sin valor. Y solo. Ya hacía años que su perrilla de pelo rojizo no estaba con él; había envejecido y se había enfermado y se había internado en el bosque para morir sola, y él nunca la había reemplazado. Un domingo fue andando hasta Meadow Creek y se subió al tren que llevaba a Bonners Ferry. Los pasajeros del vagón bamboleante habían dejado abiertas las ventanillas, y todo aquel que tenía la suerte de estar sentado junto a una de ellas iba con la cara pegada a la brisa cargada de humedad. Los diversos pasajeros que se bajaron en Bonners se dispersaron sin decir palabra, como prisioneros apaleados. Grainier se dirigió al recinto de la feria del condado, donde unas cuantas personas ponían sus tenderetes los domingos y donde tal vez pudiera encontrar un perro.

En la calle Dos, la congregación metodista estaba cantando. No había más sonido en todo el pueblo de Bonners. Grainier seguía yendo a la iglesia muy esporádicamente, cuando le coincidía con un viaje al pueblo. Las veces que iba, la gente le hablaba con amabilidad y lo recordaba de la época en que había asistido de forma casi regular con Gladys, pero por lo general él siempre se arrepentía de ir. En la iglesia lloraba muy a menudo. Viviendo en el Moyea, con tantas pequeñas tareas para distraerse, se olvidaba de que era un hombre triste. Pero en cuanto arrancaban los himnos, se acordaba otra vez.

En la feria habló con un par de mujeres kootenai, una india de mediana edad y una muchacha a la que le faltaba poco para ser adulta. Iban vestidas para causar impresión, dos hechiceras mestizas con vestidos de ante azul con flecos y cintas para el pelo de las que colgaban plumas de cuervo, halcón y águila. Tenían una camada de cachorros muy lobunos en un saco de pienso y un lince en una jaula de mimbre. Estaban sacando a los cachorros uno por uno para exhibirlos. Un hombre se estaba alejando de ellas y diciéndoles:

- Ese perro hijo de lobo nunca se hará cristiano.
- ¿Por qué es azul esa cosa? —les preguntó Grainier.
- ¿Qué cosa?

—Esa jaula donde tenéis a ese viejo lince.

A una de ellas, la muchacha, se le veía bastante sangre blanca, y hasta pecas y el pelo de color pajizo. Cuando Grainier miró a aquellas dos mujeres, las constantes vitales se le cargaron de ansia y de miedo.

—No es más que pintura vieja para que no mordisquee la jaula. Al viejo lince le da asco — dijo la muchacha.

El animal tenía unas pezuñas enormes con matas de pelo que parecían plumas, como si llevara el mismo estilo de botas que sus captoras. La mujer mayor puso la pierna de tal forma que Grainier le pudiera ver la pantorrilla. Y se la rascó, dejando unas raspaduras largas y blancas sobre la piel.

La imagen le ofuscó tanto la mente a Grainier que antes de darse cuenta ya se había alejado trescientos metros de la feria, sin cachorro ni nada, y sin poder ver, durante largos minutos, nada que no fueran aquellas marcas blancas en la piel oscura de la mujer. Era consciente de que acababa de sucederle algo malo por dentro.

Como si sus vagos pensamientos lascivos hubieran hecho estallar el suelo bajo sus pies y lo hubieran arrojado a un foso de locura sexual universal, de pronto se dio cuenta de que el teatro Rex de la calle Mayor también había enloquecido. El escaparate delantero consistía en un largo cartel, impreso por el periódico local, que emitía lujuria a voz en grito:

***Pase único jueves 22 de agosto
La película más atrevida del año
«Pecados de amor»
¡Nunca se ha visto nada parecido!***

***Vean: un parto natural
Un aborto
Una transfusión de sangre
Una operación de cesárea real
Si se desmayan con facilidad, ¡no entren!
En todos los pases hay enfermeras tituladas***

***En el escenario: modelos en directo, entre ellas
La señorita Galveston
Ganadora del famoso concurso de hermosura
De Galveston, Texas***

Prohibida la entrada a menores de 16 años

***Sesión matinal
Solo señoras***

***Sesión nocturna
Solo hombres***

En persona
El profesor Howard Young
Dinámico conferenciante sobre sexo
Revelará datos atrevidos

La verdad sobre el amor
Información sin tapujos sobre pecados secretos
¡Nada de andarse con rodeos!

Grainier leyó varias veces el anuncio. Se le hizo un nudo en la garganta y las entrañas le empezaron a palpar y a propagarle por los brazos y piernas un tembleque que, aunque ligero, lo convenció de que estaba provocando que la avenida entera se bamboleara como un bote de remo. Se preguntó si habría perdido el juicio y si debería empezar a visitar a un alienista.

¡Hermosura!

Avanzó a tientas hasta el andén cercano del ferrocarril, a través de una desorientadora bruma de deseo. *Pecados de amor* vendría al pueblo el jueves 22 de agosto. Junto a las puertas comunicantes del vagón de pasajeros que lo estaba llevando fuera del pueblo, colgaba un calendario que le indicaba que ese día era domingo, 11 de agosto.

En su casa del bosque lo estuvieron acosando los demonios más inmundos de su naturaleza. La señorita Galveston se dedicó a visitarlo en sueños. Se despertaba tocándose. No tenía calendario pero iba marcando con el bajo vientre el paso del tiempo que faltaba hasta el jueves 22 de agosto. De día se bañaba casi cada hora en el río helado, pero las noches lo volvían a llevar una y otra vez hasta Galveston.

La nube oscura que había en el cielo del noroeste, bullendo como si fuera un océano invertido, tapaba el sol, la luna y las estrellas. Hacía demasiado calor y humedad para dormir dentro de la cabaña. Se montó un camastro en el jardín y empezó a pasar las noches acostado en él, desnudo en medio de una oscuridad sin paliativos.

Después de muchas noches así, la nube se dispersó sin lluvia, el cielo se despejó y el sol salió por la mañana del 22 de agosto. Grainier se despertó cubierto de rocío en el jardín, calado de frío hasta el tuétano del hueso; sin embargo, en cuanto recordó qué día acababa de empezar, se le inflamó el tuétano como si fuera gelatina de queroseno, y se ruborizó con tanta intensidad que le afloraron lágrimas a los ojos y le empezó a moquear la nariz. Se puso a andar de inmediato en dirección al camino, pero enseguida dio media vuelta para ponerse a pasear frenéticamente por su parcela de tierra. No tenía agallas para presentarse aquel día en el pueblo, ni siquiera para coger el camino que llevaba al pueblo y dejarse ver así, derritiéndose de lujuria por la Reina de Galveston y deseoso de respirar su atmósfera, de inhalar sus vapores de sexo, pecado y hermosura. ¡Aquello lo mataría! ¡Lo mataría ver el espectáculo y lo mataría que lo vieran! En aquel teatro a oscuras lleno de voces sin cuerpo que daban información sin tapujos de los pecados secretos, él se moriría, se vería arrastrado al Infierno y torturado eternamente en sus partes íntimas ante el repulsivo y apestoso Presidente de toda la Hermosura. Y así se quedó: desnudo meciéndose de pie en el jardín.

Sus deseos debían de estar completamente fuera de lo natural; era el típico hombre capaz de

aparearse con una bestia, o incluso —tal como lo había oído describir hacía mucho tiempo— de cepillarse a una vaca.

Tras doblar el recodo que llevaba detrás de su casa, se desplomó boca abajo y agarró la hierba parduzca. Perdió todo contacto con el mundo y no lo recuperó hasta que el sol bañó la casa y el calor le empezó a dar picores en el pelo. Se le ocurrió que tal vez un paseo le calmaría la sangre, de manera que echó a andar hacia el camino y luego por este hasta Placer Creek, a varios kilómetros de distancia, sin parar ni una vez. Subió hasta la cima del Deer Ridge, bajó por la ladera opuesta y volvió a subir hasta la cuenca del Canuck, se pasó horas enteras de caminata sin pausa, pensando únicamente: ¡Hermosura! ¡Hermosura! La hermosura será mi perdición, terminaré zampándomela igual que un perro se zampa un cadáver, revolcándome en ella igual que un perro, terminaré todo pringado y apestando a hermosura. ¡Oh, cómo puede Galveston permitir una exhibición de todo eso! ¡Cómo puede Galveston coger a una ramera de la hermosura y coronarla reina!

Al ponerse el sol, dejó de avanzar. Estaba de pie sobre un acantilado. Había encontrado el camino de vuelta hasta una especie de rueda natural que rodeaba una masa de agua llamada lago Spruce, y ahora bajó la vista para ver el lago a docenas de metros más abajo, con la superficie plana igual de lisa y negra que la obsidiana, circundada de un anillo doble de árboles perennes y de sus reflejos. Más allá vio las Rocosas canadienses todavía iluminadas por el sol y coronadas de nieve, a un centenar de kilómetros de distancia, como si la tierra se encontrara todavía en plena creación y las montañas estuvieran extrayendo su sustancia de las nubes. Grainier nunca había visto un paisaje tan grandioso. Los bosques que llenaban su vida estaban tan densamente poblados y eran tan altos que por lo general le impedían ver lo lejos que abarcaba el mundo, pero ahora mismo le pareció claro que había las suficientes montañas como para que a todo el mundo le tocara la suya. La maldición lo había abandonado, y la infección de lujuria lo había abandonado para asentarse en uno de aquellos valles lejanos.

Avanzó con cuidado por entre las rocas del risco, llegó al lago ya en plena oscuridad y se echó a dormir allí, encogido bajo una manta que se había fabricado con ramas de píceas, sobre un lecho de píceas, agotado y cómodo. Aquella noche se perdió la exhibición de hermosura del Rex, y jamás supo si se había librado del desastre o si tenía que lamentar la pérdida.

Después de aquello Grainier se pasó dos semanas en casa, a continuación regresó al pueblo y se hizo con un perro, un macho de gran tamaño de los que se usaban en el lejano norte para tirar de los trineos, y que se convertiría en su amigo durante muchos años.

Grainier vivió más de ochenta años, hasta bien entrada la década de 1960. Durante su vida viajó en dirección oeste hasta quedarse a siete kilómetros del Pacífico, aunque jamás llegó a ver el océano, y en dirección este hasta la población de Libby, que ya estaba a sesenta kilómetros dentro de Montana. Tuvo una única amante —su mujer, Gladys—, fue propietario de media hectárea de tierra, dos yeguas y un carromato. Jamás se emborrachó. Jamás adquirió un arma de fuego ni habló por teléfono. Viajó habitualmente en tren, muchas veces en automóvil y una vez en avioneta. Durante la última década de su vida vio la televisión siempre que iba por el pueblo. Jamás averiguó quiénes eran sus padres y no dejó ningún heredero.

Casi todo el mundo de la región conocía a Robert Grainier, pero al fallecer mientras dormía,

en algún momento de noviembre de 1968, se quedó muerto en su cabaña durante el resto del otoño, y todo el invierno, y nadie lo echó en falta para nada. Un par de excursionistas hallaron su cadáver en la primavera. Al día siguiente los dos regresaron con un médico, que extendió el certificado de defunción y, turnándose con una pala que encontraron apoyada en la cabaña, los tres cavaron un hoyo en el jardín, que es donde yace Robert Grainier.

El día en que compró el perro de trineo en Bonners Ferry, Grainier se quedó a pasar la noche en casa del doctor Sims, el veterinario, cuya mujer alquilaba habitaciones. El doctor había conseguido entradas para ir a ver el espectáculo que se estaba representando por entonces en el teatro Rex, una demostración de los talentos de Theodore el Caballo Prodigioso, gracias a que le había practicado un reconocimiento en calidad de veterinario a su estrella, es decir, a Theodore, el caballo. Theodore tenía sangre en las heces, según el vaquero al que pertenecía. Era mala señal.

—Más le vale a usted coger esta entrada e ir a maravillarse de sus talentos ahora —le dijo el veterinario a Grainier, insistiendo a su inquilino para que le aceptara una de las entradas—, porque dentro de medio año no me sorprenderá nada verlo convertido en comida para perros y reducido a mucílago.

Grainier se sentó aquella noche en la oscuridad del teatro Rex, en medio de un público compuesto de gente muy parecida a él: su gente, la gente encallecida de las montañas del noroeste, la mayoría bastante más impresionados por el atuendo resplandeciente del propietario de Theodore y por su lazo mágico que por el propio Theodore, que les enseñó que sabía sumar y restar golpeando el suelo del escenario con sus cascos e incorporarse sobre los cuartos traseros y girar sobre sí mismo y hacer otras cosas que cualquiera de ellos habría podido adiestrar a un caballo para que hiciera.

Aquella velada de 1935, el espectáculo del caballo prodigioso incluía a un niño-lobo. Llevaba puesta una máscara de pelo y un traje que parecía de pelo pero que en realidad era de otra cosa. Bajo el resplandor de la luz eléctrica, plateada y azul, el niño-lobo retozaba y brincaba por el escenario de tal forma que los espectadores no estaban seguros de si se suponía que tenían que reírse de él.

Ya estaban listos para reírse a fin de demostrar que no los habían engañado. Habían visto y se habían reído de cosas como el Niño Imán y el Niño Pollo y el Profesor de Tonterías, y de malabaristas que se dejaban caer en la cabeza bolos que en realidad no estaban hechos de madera. Les habían dado su dinero a predicadores que les habían elevado el ánimo y habían bautizado a veintenas de ellos y después se habían revolcado borrachos en la aldea kootenai y habían fornicado con las indias. Aquella noche, enfrentados al espectáculo de aquel monstruo falso, al principio se mostraron callados. Luego una pareja hizo un par de comentarios que sonaban a preguntas, un hombre se puso a graznar como un ganso en la oscuridad, y por fin la gente se permitió burlarse del niño-lobo.

Pero luego se callaron todos a la vez, y bastante de repente, cuando el niño se detuvo en el centro del escenario, con los brazos extendidos, se quedó rígido y se echó a temblar con una serie de movimientos interiores tremendos. Ninguno de los presentes había visto nunca a nadie quedarse tan quieto y sin embargo tan extrañamente móvil. Echó la cabeza hacia atrás hasta que el cuero

cabelludo le tocó el espinazo, así de atrás, a continuación abrió la garganta y por el auditorio se elevó un sonido parecido al de un viento que viniera de todas direcciones, grave y aterrador, retumbando desde la tierra que había debajo del suelo del teatro, y el ruido se convirtió en un bramido que absorbió la audición misma, y se fundió en una voz que penetró en los senos y finalmente en las mentes mismas de quienes lo oían, elevándose más y más, volviéndose más y más espantoso y hermoso, el ideal originario de todos los sonidos que alguna vez habían existido, el sonido de la sirena de niebla y de la sirena de navío, del silbato solitario de la locomotora, de los cantantes de ópera y de la música de flautas y del gemido constante de las gaitas. Y de pronto todo se volvió negro. Y aquella época desapareció para siempre.



DENIS JOHNSON nació en Múnich, pero se crió en Tokio, Manila y Washington. Apenas habla con los medios y vive recluido en Idaho con su familia. Desde la publicación de sus primeras obras se convirtió en un autor de culto en Estados Unidos. Ha recibido la beca Lanna Fellowship y el Whiting Writers Award, entre otros muchos galardones. En 2007 le fue concedido el National Book Award por su novela *Árbol de Humo*. También es autor de *Hijo de Jesús*, *El nombre del mundo*, la novela negra *Que nadie se mueva* y *Los monstruos que ríen*.